



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

LA OBRA LITERARIA DE CÁNOVAS DEL CASTILLO Y LA LITERATURA DE LA ÉPOCA

Luis Blanco Vila
Profesor de Literatura Universal Contemporánea,
Universidad de San Pablo CEU de Madrid.

Ante el posible rescate de un escritor

Una Enciclopedia Universal de la Cultura, de aparición reciente y gran difusión por su especial sistema de venta en los quioscos de prensa, ignora la existencia de don Antonio Cánovas del Castillo. Cuando alguien pretendió conocer la razón de tamaño olvido, la respuesta fue que se trataba de una enciclopedia de la Cultura y que se había excluido de sus páginas a los políticos. Dedicaron, en cambio, tres —y con toda justicia—, al rey Alfonso X el Sabio. Por supuesto, después del autor de las Cantigas de Santa María, también aparecen breves biografías de los reyes Alfonso XII y Alfonso XIII. ¿Por su valía cultural?

La anécdota, levisísima, sirve para perfilar un cliché de Cánovas del Castillo que, sin duda, muchos reconocerán como propio. ¿Cánovas del Castillo? ¡Ah, sí, un político de finales del siglo XIX! Tal vez para alguno, más ilustrado, Cánovas esté vinculado a la decadencia española, al desastre de Cuba y Filipinas... Pero lo más corriente es que no se sepa quién es.

El profesor de Literatura de primer curso en una facultad universitaria de Madrid quiso conmemorar el inicio del año centenario del ase-

sinato de Cánovas a manos del anarquista italiano Miguel Angiolillo con un extenso comentario sobre su figura «literaria». Una encuesta previa entre estudiantes con escasos meses en la Universidad condujo a la triste evidencia de que ni uno sólo de aquel centenar y medio largo de alumnos sospechaba vinculación alguna de Cánovas con la Literatura. Desgraciadamente, un setenta y cinco por ciento ignoraba quién era Cánovas del Castillo y del veinticinco por ciento restante sólo un tres y medio por ciento era capaz de situarlo en la Historia de manera ligeramente aproximada. Naturalmente, aportando la vaga idea de que se trataba de un político, sin precisión sobre su posición ideológica, con grandes dudas acerca de su actividad política en el marco histórico —¿republicano? ¿monárquico?— y con absoluta ignorancia de cualquier otra cualidad que pudiera adornarlo. Sólo una alumna conocía, sin excesiva seguridad, la trágica muerte de Cánovas. Ignoraba dónde había sucedido y compartía la misma ignorancia de sus compañeros sobre la posible actividad literaria del personaje. Uno de los alumnos más intrépidos, sorprendido por la desolación del profesor ante lo que, evidentemente, debía de ser una ignorancia grave por parte de ellos, trató de consolarlo diciendo: «Tiene usted razón; el Cánovas ese debe de ser tío importante, porque tiene calles o plazas en todas partes». Pero la indiscriminación en el conocimiento seguía siendo la misma: ¿militar? ¿político? ¿literato? Algo de esto último debía de ser, pues se preocupaba del centenario de su muerte el profesor de Literatura...

Verdaderamente, Cánovas del Castillo no ha tenido demasiada suerte en lo que se refiere a la permanencia de su imagen, ni siquiera como político. No digamos ya como escritor. Los espacios históricos que han configurado nuestra trayectoria como pueblo en el siglo XX no han sido los más propicios para consagrar y potenciar justamente la gran figura de don Antonio. Esos espacios históricos, apretados haces de hechos importantes que se producen en un tiempo determinado y que son capaces de cambiar una sociedad, en definición del recién desaparecido Manuel Tuñón de Lara¹, han sido de naturaleza bien distinta, cuando no en abierta contraposición con la idea de España que

¹ TUÑÓN DE LARA, MANUEL: Véase el artículo «El salto del siglo, 1895-1905», en *Historia 16: La víspera de nuestro siglo: Sociedad, política, cultura en el 98*. Madrid, 1983, pág. 9.

generó Cánovas y defendieron sus colaboradores en la primera Restauración.

Tras su muerte violenta aquel 8 de agosto de 1897 en el balneario de Santa Águeda, en Guipúzcoa, el llamado «desastre del 98» desencadenó una serie de movimientos político-sociales que culminarán en la Semana Trágica de Barcelona en el verano de 1909. La breve presidencia de don José Canalejas (1910-1912), otra de las ilustres víctimas del anarquismo, y ya en el horizonte los primeros truenos de la tormenta que se avecinaba en forma de la guerra más que continental, —para d'Ors «*guerra civil europea*», para todos *la Gran Guerra*—, todo ello sumado a la mala conciencia del propio Partido Conservador, dejaron, durante el reinado de don Alfonso XIII, discretamente velada la imagen histórica del ilustre malagueño, tanto del escritor prolífico (unas 12.000 páginas) como del político ejemplar y meritísimo.

No sería la II República la más indicada para reivindicar su figura; no hace falta enumerar las razones. Tampoco el régimen del general Franco las tenía para fomentar el recuerdo ni venerar la figura del restaurador de la monarquía, cuando el propio Generalísimo había dejado voluntariamente en la bruma el cómo, el quién y el cuándo de la monarquía que debería ser restaurada, de acuerdo con las propias leyes fundamentales que fue dando al nuevo Estado. Por fortuna, algunos intelectuales e historiadores independientes en su trabajo, —aunque su posición personal fuera de compromiso— obviaron con sus trabajos el peligro de olvido definitivo de un personaje como Cánovas del Castillo. Por supuesto, el rescate se hizo con una premisa muy clara: la imagen que había que rediseñar, esclarecer, exhibir, era la del Cánovas político. Algunos —ciertamente en este caso nada independientes— trabajaron por una transformación del ideal canovista, siempre liberal, en un ideal «orgánico», que nada tenía que ver con el proyecto del líder conservador. Una mixtificación, por lo menos.

Fue, pues, la egregia efigie del político Cánovas la que emergió de ese mar de aguas casi centenarias y todavía turbias. El escritor, el literato, está aún por salir a flote. El proyecto de la Fundación Cánovas del Castillo, que preside honoríficamente el profesor y político Manuel Fraga Iribarne, por tantas razones de estudio y consonancia vinculado al pensamiento de Cánovas en su proyecto de restauración y, a través de ella, de la salvación de España, está haciendo justicia y señalando, con la devolución de gloria debida que supone la edición de sus obras,

que los valores de aquel gran hombre, además del ideológico-político, mantienen un nada desdeñable valor en el campo de la literatura y la investigación histórica. Dar la imagen completa del personaje es labor de investigación que las generaciones futuras tendrán que agradecer.

Hay un hecho cierto que no puede ignorarse. Cánovas fue un escritor controvertido, ciertamente, pero fue controvertido porque fue leído. Dejando a un lado sus ensayos históricos nada desdeñables —más adelante será inevitable algún testimonio en favor y en contra de su condición de historiador, algo que también presenta matices literarios— su primeriza y única novela *La campana de Huesca*, que aparece en 1852, cuando el autor apenas ha cumplido los veinticuatro años, se reeditará sin pausa durante los setenta y cinco años siguientes y se convertirá en objetivo editorial de disfrute popular en colecciones como «La novela de ahora», de Saturnino Calleja, buen indicio, por lo menos, de una aceptación generosa por parte de los lectores. Una generosidad correspondida por un Cánovas incansable en la producción escrita. Cosa bien distinta será la valoración literaria del fenómeno. Con todas estas salvedades, empero, bueno será ofrecer al lector de finales del siglo XX y comienzos del XXI, los textos originales, bien enmarcados en su época y sus circunstancias, textos que, por cierto, son hoy difíciles de encontrar. Ni siquiera nuestra Biblioteca Nacional de Madrid tiene el pleno de la obra literaria de Cánovas. Desgraciadamente, algunos volúmenes de su obra poética y literaria no están al alcance de cuantos quisieran consultarla o simplemente leerla. Otros ejemplares pueden conseguirse con alguna dificultad. Algo que no ha sucedido a la hora de preparar, con toda garantía, la edición de estas obras completas, gracias a las facilidades de la Fundación Cánovas del Castillo. Quede, al menos, constancia de estos avatares.

El desierto literario que esperaba a Cánovas

Cuando nace Antonio Cánovas del Castillo en Málaga, el 8 de febrero de 1828 —el mismo año de Ibsen, Tolstoi y el sevillano Adelardo López de Ayala, entre otros ilustres escritores—, la literatura española está viviendo, todavía, de los residuos del siglo XVIII. El durísimo trauma de la llamada Guerra de la Independencia, con la sangrante división, —más allá de la Literatura, por supuesto— entre «nacionales» y «afrancesados», ha cegado la fuente clara de la produc-

ción literaria, contenida, además, por el miedo que generan los continuos cambios de la ideología política de la Corte —ahora liberal y constitucional, ahora totalitaria y absolutista— que no consienten más productos literarios que los exclusivamente retóricos y genéricamente patrióticos.

Manuel José Quintana (1772-1857), el poeta madrileño que había lanzado su grito de guerra contra los franceses con su oda «*A España, después de la revolución de marzo*» (el Motín de Aranjuez de marzo de 1808, que derroca a Carlos IV y, sobre todo, a su valido Godoy), y había enardecido a los patriotas castellanos con su no menos patriótico canto «*Los ecos de la gloria y de la guerra*», sigue siendo un valor permanente y duradero en los últimos años del reinado de Fernando VII.

Muy leído y manteniendo su independencia por encima de ideologías, el también madrileño Juan Bautista Arriaza (1770-1837), representa, seguramente, el éxito del último neoclasicismo, de una gran frialdad de sentimientos, como si el poema debiera permanecer al margen de las emociones del poeta. La obra de Arriaza, sin duda por esa frialdad no exenta de brillantez estética, se reedita con profusión. El niño Antonio Cánovas conoció, seguramente en la biblioteca de su padre, el maestro Antonio Cánovas García, oriundo de Orihuela —mironiana y miguelhernandiana Orihuela, algunos años más tarde—, las obras de Arriaza. Algún contertulio de «*La Joven Málaga*» recordará haberle oído recitar, entre otros, el fragmento

*«encubra el velo lúgubre y espeso
que oculta el porvenir, lo ya pasado.
Silvia, murió el amor...»².*

El asturiano Gaspar Melchor de Jovellanos, escritor —y poeta, desde luego— «de confianza», había muerto «prematuramente» (Gijón 1744-Puerto de Vega 1811). Además, su despego y frialdad «filosóficos» e incluso sus intercambios poéticos con Meléndez Valdés (Jovellanos es *Jovino*, Meléndez Valdés es *Batilo* en la correspondencia poética que se cruzan), lo hacen antipático a quienes, como el niño mayor de los Cánovas, pueden presumir de un abuelo materno muerto en combate contra los franceses.

² «*Recuerdos de amor*». El poema completo en RICO, FRANCISCO: *Mil años de poesía española*. Planeta, 1996, págs. 550-553.

Nos referimos al abuelo materno, don Juan José del Castillo, mayor de la plaza de Málaga, de cuya muerte heroica ya hemos dado cuenta.

En efecto, Doña Juana del Castillo y Estébanez, hija del héroe, contraerá nupcias con Antonio Cánovas García y tendrá seis hijos, el mayor de los cuales es Antonio Cánovas del Castillo. Los otros cinco hermanos, todos varones, son Emilio, José, Máximo, Federico y Serafín. Federico morirá muy niño.

Los dos grandes fabulistas —el canario Tomás de Yriarte y el riojano alavés Félix María Samaniego, los dos han fallecido lustros atrás, en 1791 y 1801 respectivamente— son lectura habitual en las escuelas, pero más con intención didáctico-moral que literaria.

También había muerto Juan Pablo Forner, el extremeño (Mérida 1756-Madrid 1797) que tanto animó el cenáculo poético salmantino en sus años de estudiante. Fue más conocido como prosista satírico pero fue también magnífico poeta al estilo de Garcilaso, maestro al que Forner calificó de «vate excelso» y «voz divina»³.

Muertos estaban, asimismo, Juan Meléndez Valdés (Ribera del Fresno, Badajoz 1754-Montpellier 1817), sin duda el mejor poeta del grupo de Salamanca, desterrado de las librerías y de las bibliotecas de las patrióticas familias españolas por sus «declaraciones de amor» poéticas al rey José I Bonaparte.

Muerto era Manuel María de Arjona (Osuna 1761-Madrid 1820), uno de los destacados de la «Escuela Sevillana», poética más próxima a la Málaga del recién nacido Antonio Cánovas.

También había desaparecido Nicasio Álvarez de Cienfuegos (Madrid, 1764-Orthez, 1809), muerto, como Meléndez, —y antes que él— en la dulce Francia; y el sevillano José Marchena (Utrera 1768-Madrid 1821), de gran entusiasmo liberal y revolucionario, que canta a la Revolución Francesa: «El fanatismo insano, /agitando sus sierpes ponzoñosas, /vencido clama en vano»⁴.

Ese mismo año de 1828, poco después del nacimiento de Cánovas, moría en París Leandro Fernández de Moratín (Madrid 1760), culto, erudito, autor de comedias y poeta de una rara perfección formal, todo

³ Ibidem, pág. 526.

⁴ REYES, ROGELIO: *Poesía española del siglo XVIII*. Cátedra. Letras Hispánicas. Madrid, 1988. Pág. 342.

a un tiempo. Pero Moratín también había cantado las excelencias de «un príncipe tan ilustrado y justo» como el Rey José y había proclamado al temido mariscal Suchet «*del de Vivar trasunto*», por lo cual, y, al menos durante un tiempo prudencial, sus obras pertenecieron al grupo de aquellas cuya reimpresión se hacía sólo en Burdeos o en París y que cruzaban los Pirineos sin licencia oficial y burlando las pesquisas de los agentes de las Juntas de Fe que sucedieron a los «familiares» de la Santa Inquisición, cuya abolición por José I, con tan poético entusiasmo había celebrado Moratín.

Se vivía, culturalmente, de los rescoldos patrióticos de la guerra de la Independencia. Pero, sobre todo, habría que decir que se vivía en guardia porque, como dirá más tarde Menéndez Pelayo en la *Historia de los heterodoxos españoles*⁵, eran muchas las «semillas de impiedad esparcidas por los soldados franceses». El temido brote de esas «semillas de impiedad» era vigilado celosamente; la censura funcionaba de forma exagerada y, en caso de duda, la prohibición de un libro era moneda corriente en la práctica editorial hispana. No es extraño que las imprentas foráneas, francesas e inglesas sobre todo, editaran en castellano y que los anónimos y los seudónimos proliferaran en el panorama hispano de las letras.

Las «semillas de impiedad» se confundieron, de manera habitual, con las logias de la francmasonería, que, al amparo del rey extranjero, renacieron en las ciudades españolas a partir de 1808. Como dice don Marcelino⁶, «pasaron de los franceses a los afrancesados y de éstos a los liberales», para los que, sobre todo, se convertirán en marco seguro de conspiración política, pues el vínculo fraterno era el sello ideal que guardaba el secreto del conciliábulo.

No es extraño que la represión, sobre todo en las etapas absolutistas de Fernando VII encontraran en el «anatema» de «liberal» causa y razón de justificada sanción y castigo. Pese a que el rey no admitió nunca su condición de rey despótico y tirano: «Aborrezco y destesto el

⁵ MENÉNDEZ PELAYO, MARCELINO: *Historia de los heterodoxos españoles*. CSIC. Madrid, MCMXLVIII. Edición preparada por Enrique Sánchez Reyes. Libro VI, cap. I, IV, pág. 30. (Es evidente que no utilizamos la *y griega* para unir los apellidos de don Marcelino, de acuerdo con Sánchez Reyes en *Heterodoxos* y restantes volúmenes de las Obras Completas, con autoridad en este punto).

⁶ Ibid. pág. 31.

despotismo, dijo el propio soberano; ni las luces y cultura de Europa lo sufren ya ni en España fueron déspotas jamás sus Reyes»⁷.

En la visión, siquiera sucinta, de una época tan convulsa, tampoco se puede prescindir de un elemento tan importante como el de la reparación religiosa y la estrategia del rigor que impone la purificación de los excesos. Se han cometido demasiados desmanes durante los años turbulentos de la Guerra de la Independencia. La respuesta de las Juntas de Fe es el rigor y la dureza en la represión de cualquier conato de irreverencia que, por otra parte, proliferan sin posible freno desde anónimas prensas difícilmente detectables en medio de una actividad febril de reconstrucción del país.

Cuando nace Cánovas, media España escritora y poeta sigue en el exilio. Es importante tener en cuenta esta sangría, causa, por lo menos, de una escasez creativa que, de otra suerte, se hubiera consagrado como natural abundancia. No es que no se genere obra literaria ni que se hayan olvidado los «patriotas» del arte de escribir; simplemente, los jóvenes que debían tomar el relevo, junto con otros veteranos en condiciones de ofrecer sus frutos de madurez, estaban preocupándose, en Francia, en Gran Bretaña, en Portugal o en otros países, de cómo subsistir cada mañana que amanecía Dios sobre sus ojos.

La literatura, en el exilio

Desde que Vicente Llorens publicó en 1955, su excelente *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, la importancia de la aportación de este grupo de escritores ha dejado de ser una incógnita más o menos desvelada para convertirse en una certeza cuya ponderación se ha hecho reiteradamente.

De una sola tacada, cuando, en 1813, las derrotadas y diezmadas tropas de Napoleón se retiran y regresan más allá de los Pirineos, se llevan consigo no sólo riquezas saqueadas y obras de arte que nunca recuperaremos, sino también un buen puñado de intelectuales que, como «afrancesados» que como tales se han señalado públicamente, no tienen más remedio que huir con la protección de las tropas del Emperador. Véase parte del elenco y pondérese la importancia de la sangría para las letras castellanas: Juan Meléndez Valdés, Leandro

⁷ DÍAZ-PLAJA, FERNANDO: *Fernando VII, el más querido y el más odiado de los reyes españoles*. Planeta. Memoria de la Historia, 1981, págs. 92 y sgts.

Fernández de Moratín, José Marchena, Teodoro Llorente, José Antonio Conde, Alberto Lista, Sebastián de Miñano, José Gómez Hermosilla, Francisco Javier de Burgos, Pedro Estala, Juan María Maury, Juan Sempere, Manuel Norberto Pérez del Camino y Bartolomé Murial, entre otros.

Y no fueron sólo ellos. En 1822, a propuesta del gran Chateaubriand –más grande como escritor que como plenipotenciario y ministro de Asuntos Exteriores de Luis XVIII–, los países miembros de la Santa Alianza, Francia, Rusia, Prusia y Austria, reunidas en el Congreso de Verona, aprueban –con el voto en contra del delegado británico, duque de Wellington– la represión de los brotes liberales en el sur de Europa, tarea que se encomienda al ejército francés. La más urgente era, desde luego, la del liberalismo español. En 1823, Luis Antonio de Borbón (de Artois), duque de Angulema, al frente de los *Cien Mil Hijos de San Luis*, tras tomar Madrid y propiciar la primera matanza de liberales, gana la batalla de *Trocadero* en el asalto a Cádiz, nido liberal de España que había que arrasar.

En 1824, tras una feroz represión que deja absortos a los soberanos que lo han ayudado, el Deseado Fernando VII reinicia la persecución de los escritores liberales o sospechosos de afrancesados. Algunos escapan. Los que no pudieron huir fueron encarcelados o confinados, según la importancia personal o el odio de quienes los delataron. Entre los primeros, citemos al Conde de Toreno, a Álvaro Flórez Estrada –ministro provisional en la fase sevillana de la Corte–, a Puigblanch y al popular Bartolomé José Gallardo. Entre los encarcelados o confinados, sin precisión de fechas, hay que citar, en bella amalgama literario-político-científico-cultural, nombres como los de Quintana, Argüelles, Martínez de la Rosa, Sánchez Barbero, Villanueva, Gallego, Canga Argüelles. Hasta diez mil sube la cifra calculada por los investigadores de la época, diez mil acreditados hombres de ciencia, letras y enseñanza, que arruinan, con su forzada ausencia, el ya escaso nivel cultural de España.

Lógicamente, los que pueden huyen a Gran Bretaña, lugar natural de acogida para quienes son acosados por el régimen absolutista ayudado en su represión por las tropas francesas. Londres y otras poblaciones del Reino Unido darán acogida a estos intelectuales y políticos españoles, a los que se sumarán otros en los años inmediatamente posteriores, como es el caso de José de Espronceda, quien,

sin duda huyendo de la persecución de la justicia real tras su aventura y presidencia de la sociedad secreta «Los Numantinos», vía Gibraltar y Portugal, recalca en Londres a mediados de septiembre de 1827.

En 1830, al amparo de la revolución de Julio en París, y aprovechando la caída del régimen que tan de cerca vigilaba a los exiliados españoles, muchos residentes en el Reino Unido se trasladan a la capital de Francia, con espera previa —es el caso de Espronceda— en Bruselas. Bastantes de ellos participan, incluso, en las barricadas al lado del pueblo sublevado. Es el acercamiento a la Patria, que para algunos se convertirá pronto en regreso. Otros, en cambio, tendrán que esperar a la muerte del rey absoluto, en 1833. No es el caso de Espronceda, por cierto, que se acoge a la amnistía de 1832 y que regresará a Madrid en los primeros meses de 1833. En la capital, después de algunas peripecias personales y familiares, encontraremos al poeta frecuentando «El Parnasillo», tertulia que será también lugar de reunión habitual de Cánovas cuando «suba» a Madrid.

Pero, para entonces, el liberalismo ya había sido decapitado; el regreso de los «afrancesados» y de los «negros» generará más romanticismo literario y dandy que libertades políticas. Para eso ya estaban los Espartero y demás liberales de la regencia y del reinado de Isabel II.

El liberalismo político había fenecido en la plaza de la Cebada de Madrid una década antes. En efecto, un Riego acobardado y arrepentido de cuanto había profesado, fue colgado en la plaza de la Cebada el 7 de noviembre de 1823, como lo fueron cuantos «hubiesen conspirado, hablado o escrito a favor de la Constitución» o, incluso ebrios, hubieran gritado un «¡Viva la Pepa!»⁸. No en vano el Rey había abjurado la Constitución y sus principios y había proclamado decretalmente: «Con el fin de que desaparezca para siempre del suelo español hasta la más remota idea de que la soberanía reside en otro que en mi real persona...». Y aquello, no menos rotundo: «La más criminal traición (la Constitución de Cádiz), la más vergonzosa cobardía, el desacato más horrendo a mi real persona, y la violencia más inevitable fueron los elementos empleados para variar esencialmente el gobierno

⁸ DANIEL LÓPEZ: *Los procedimientos y el arte de gobernar durante el reinado de Fernando VII, La España del siglo XIX* vol. I, pág. 18. Citado por TUÑÓN DE LARA en *La España del XIX*, vol. 1, pág. 83.

paternal de mis reinos *en un Código democrático, origen fecundo de desastres y desgracias*»⁹.

Junto con los escritores y políticos «negros» o sospechosos de serlo, también abandonan España o son perseguidos si no lo hacen hombres de ciencia y docencia como el naturalista La Gasca o el geólogo Casiano del Prado. Y para que no les quede natural refugio, las Universidades españolas son cerradas de un plumazo —por real decreto—, en 1830. Entra, entonces, el país en un periodo de penosa calma, que, para que no se convierta en olvido, algunos «escarmientos» dramáticos van a romper en 1831.

Tal fue el garrote vil, dado en Granada el 26 de mayo de ese año, a Mariana Pineda, «la hermosa viuda» del testigo inglés de la ejecución, el viajero y escritor Richard Ford. La angustia que la cercanía del horror provocó en Málaga fue enorme. Mayor fue, todavía, la tragedia del general Torrijos.

En diciembre de ese mismo año, José María Torrijos, liberal exiliado en Londres, que se ha acercado en Gibraltar el año anterior, desembarca con 52 compañeros en una playa malagueña. Ignora que acude a una emboscada del general gobernador de la plaza malagueña, González Moreno. El fusilamiento de los 53 liberales es el final del drama. Nos quedan el famoso cuadro de Gisbert y el no menos famoso soneto de Espronceda:

«Helos ahí; junto a la mar bravía
cadáveres están, ¡ay!, los que fueron
honra del libre y con su muerte dieron
almas al cielo, a España nombradía».
Ansia de patria y libertad henchía...

.....
Españoles, llorad...»¹⁰.

La conmoción en Málaga es grande. Los liberales, ya discretos, se esconden aún más. La calma se convierte en silencio. La ciudad celebra la Navidad de 1831 con exagerado recogimiento. Aunque no faltan expresiones de alegría propias del carácter malagueño.

⁹ TUÑÓN DE LARA, *Ibid*, pgs. 82-83.

¹⁰ ESPRONCEDA, JOSÉ DE: *Poesías líricas. El Estudiante de Salamanca*. Espasa-Calpe. Col. Austral. 3ª ed. Madrid, 1959.

Por entonces, Antonio Cánovas del Castillo, ajeno a todos estos desgraciados avatares, estaba a punto de cumplir los cuatro años y no podía, lógicamente, interpretar la agria calma interior, bañada en ira embrizada, de su ciudad natal. Por otra parte, la familia Cánovas del Castillo no era precisamente una familia liberal sino todo lo contrario. Así que no es extraño que el clima en el hogar de don Antonio fuera apacible e incluso que las barbaridades de la represión se vieran en ella con una comprensión, no complacencia, por el daño que los «reprimidos» habían hecho, supuestamente, a la Patria. Estamos ante una familia de ideas conservadoras, más en línea con la ascética tradicional de las familias cristianas españolas que con las... novedades, digamos, impuestas como leyes fundamentales, por la Constitución de Cádiz.

Claro está que llegaban al hogar de los Cánovas, los ecos de las inquietudes populares, pero nadie, en la familia, las hacía plenamente suyas. Y no es extraño, dada la tradición familiar aludida, con «mártires» como el abuelo materno, don Juan José del Castillo, mayor de la plaza de Málaga, quien, tras pelear y caer herido en el sitio de Gibraltar (1781), había muerto, en febrero de 1810, en la defensa de Málaga contra las tropas francesas de Sebastiani, «no lejos de la ermita de los Martiricos, atravesado por muchas lanzas»¹¹.

Más débiles llegaban, aún, los ecos de la obra político-literaria de los grandes ausentes, entre rejas o exiliados.

Buena parte de ellos se habían refugiado en Londres; un buen puñado se había instalado en el modesto barrio londinense de Somers Town. Allí, unos malvivían y otros iban viviendo, según cualidades y fortuna de cada uno.

Graham Greene cuenta, en *Una especie de vida*, cómo vivían los exiliados españoles en las proximidades de la Leicester Square londinense. Pero los de Greene eran refugiados de la guerra carlista, no, por supuesto, víctimas del odio de Fernando VII. El novelista se refiere a vencidos en las guerras sucesorias, gentes fieles al Pretendiente, oficiales, acomodados partidarios, pero que no figuraban *nominatim* como indiciados ni mucho menos como acusados de traición. Podían volver, casi todos, sin

¹¹ FERNÁNDEZ ALMAGRO, MELCHOR: *Cánovas. Su vida y su política*. Ediciones Tebas. Colección Políticos y Financieros. 2ª edición. Madrid, 1972, pág. 43. (Como curiosidad señalemos la *nota del editor*, que comienza equivocando el título del libro: «Con la edición de este «Cánovas. Su vida y su obra»»).

verse forzados a responder de su comportamiento ante los tribunales, pues, generalmente, no había causas concretas contra ellos ni, mucho menos, pasión ideológica más allá de la cuestión dinástica.

El joven Greene los elige para héroes de su segunda novela que, con gran esfuerzo —confiesa—, escribió. Lástima que no haya llegado hasta nosotros. Naturalmente, un apuesto joven inglés intervenía a fondo en la conspiración que los refugiados estaban preparando. «Naturalmente, —escribe Graham Greene— había una mujer, romántica y mal definida, que se llamaba doña Rita»¹².

Los refugiados españoles que huían de la represión fernandina eran, salvo unos cuantos políticos y militares —Mendizábal, Istúriz, Alcalá Galiano, el viejo Argüelles, Mina y Torrijos—, intelectuales sin fortuna. Ni siquiera fueron conspiradores, aunque hubo quien jugó a eso, como Espronceda. Eran, en cambio, creativos para poder sobrevivir en tierra extraña. Pero su trabajo fue coyuntural, de circunstancias: traducciones, enseñanza, periódicos, oficios artísticos, música (canto, composición, interpretación). Sus libros, además, difícilmente podían romper la barrera de la censura, cada vez más rigurosa. Se puede decir, por tanto, que la aportación de los ausentes se cifra, precisamente, en el gran vacío de las letras españolas, huérfanas de sus grandes escritores y pensadores durante dos décadas, junto con la lógica ruptura del pensamiento y de la literatura tradicionales, que se reanudan, a la muerte de Fernando VII, con una doble aportación sin coherencia entre sí: las jóvenes generaciones (los Arolas, Hartzzenbusch, Espronceda, Donoso Cortés, Larra, Balmes, Gil y Carrasco, Zorrilla y demás escritores que nacen en torno a las fechas de la Guerra de la Independencia e incluso más nuevos todavía), y los que regresan —muchos de ellos mueren en el exilio—, cambiados, con ideas «europeas», casi todos con una corta vida por delante y un desfase cultural que les impedirá —exceptuando de nuevo a Espronceda, anómalo siempre— realizar aportaciones importantes al pensamiento y la literatura.

En esta tesitura del ánimo nacional nace y estudia sus primeras letras el personaje Antonio Cánovas del Castillo, a quien todos sus contemporáneos, desde quienes comparten su primer colegio a quienes lo combaten en el terreno político muchos años después, recono-

¹² GREENE, GRAHAM.: *Una especie de vida* (A sort of life). Traducción de Enrique Sordo. Seix Barral. Biblioteca de Bolsillo. Barcelona, 1987. Págs. 132-133.

cen unas dotes extraordinarias y una capacidad de mente fuera de lo normal. Ya se vio en la escuela primaria.

Una escuela que, por los días revueltos de la primera infancia de Cánovas, padecía de raquitismo, hasta el punto de que si el niño mayor de los Cánovas no salió raquítrico también de intelecto, fue porque tuvo la suerte de asistir al colegio fundado por su propio padre, don Antonio, que parece ser el de la Purísima Concepción malagueño¹³. El maestro Cánovas García sería el encargado de cuidar del cultivo, siempre delicado, y del primer desarrollo de la inteligencia privilegiada de su hijo primogénito.

La otra enseñanza, la superior, pasaba, en aquellos años, por el trance de la «necesaria purificación de ideas erróneas de liberales y masones», es decir, por la prueba del abandono, tras algunos intentos fracasados de reforma. Dos hechos que, aparentemente, se contradicen coinciden en el nefasto año de 1824, el de la durísima represión absolutista: la reforma de la Enseñanza y la «purificación» de esa misma enseñanza.

La reforma, atribuida a Calomarde... —el famoso ministro de Gracia y Justicia de Fernando VII, que recibió el bofetón de la infanta Carlota y respondió con el «*Manos blancas...*» clásico, por cierto, no de su cosecha— pero, en realidad, obra del mercedario padre Francisco Martínez Aguilar, a la sazón obispo de Málaga. Una reforma que convierte los centros de enseñanza superior en sucursales de los seminarios mayores. Hasta Menéndez Pelayo califica el Plan de raquítrico. «Ni es ciertamente obra que deshonre a su autor, aunque peque de raquítrico, como todo lo que entonces hacían los españoles de una y otra cuerda»¹⁴. En definitiva, y para no desviar el curso de la información, el regreso descarado al tomismo en Teología y a las líneas eclesiales más rigurosas en el resto. «El art. 47 del Plan —la cita es de Menéndez Pelayo— dice textualmente: En las explicaciones no se desviarán los catedráticos un sólo ápice de la doctrina (teológica) de la Iglesia...»¹⁵.

El segundo hecho se cita sólo a título de información: «Por Real Cédula de 21 de julio de 1824, —sigue hablando D. Marcelino¹⁶— se

¹³ FERNÁNDEZ ALMAGRO, o.c., pág. 12.

¹⁴ MENÉNDEZ PELAYO, o.c., págs. 144-145.

¹⁵ Ibid. id. 145 (nota)

¹⁶ Ibid. id. 144-145 (nota)

declara sujetos a purificación a todos los catedráticos y demás individuos de los establecimientos literarios del Reino, quedando, desde luego, separados los que hubiesen pertenecido a la milicia nacional voluntaria». No en vano, como dice Vicente de la Fuente, citado por Menéndez Pelayo en el mismo pasaje de los «Heterodoxos», «las Universidades mayores eran... focos de infección moral». El final de aquel callejón disparatado y sin salida ya lo conocemos: cierre de las universidades españolas durante dos cursos completos (1830-1832) y nuevas purgas y expolios en el campo de la Cultura.

No eran, por supuesto, preocupación del niño mayor de los Cánovas estas desgracias. Con tres-cuatro años, se entretenía con los palotes, la caligrafía y la digestión de las primeras ideas. Sin embargo, su asimilación de los conocimientos impartidos es rápida y estable. Muy pronto, en medio de las constantes conmociones políticas de extrema violencia, destacará la joven figura del escritor Antonio Cánovas del Castillo, cuando apenas es un adolescente. La muerte de su padre acelerará el sentido de la responsabilidad del muchacho en todos los aspectos.

De estos años de enseñanza primera tenemos escasos testimonios. Sin duda el más sobrio y contundente al tiempo es el de su hermano Emilio, segundo de los seis —pronto morirá Federico, el penúltimo—, quien pondera la «asombrosa capacidad de estudios que el chico manifestaba»¹⁷.

La Málaga en que nació Cánovas

Tenía por entonces la ciudad natal de Cánovas del Castillo unos 40.000 habitantes, cobijados en unas 7.000 viviendas. Había sido siempre ciudad importante y comenzaba a ser ciudad desarrollada. Obispado, comandancia militar y de marina, aduana de primera clase, dos muelles..., dos juzgados de primera instancia, nueve parroquias, tres hospitales..., un comercio floreciente y una industria que trataba de despegar, gracias, sobre todo, a los emprendedores vascos y riojanos que se habían instalado en la costa inmediata y en la ciudad. Las dos

¹⁷ CÁNOVAS DEL CASTILLO, EMILIO: *Cánovas: juicio que mereció*. Se trata de unas memorias, en caliente, del hermano de don Antonio, segundo en edad detrás de él. Se publican a finales de 1897 y recogen muchos y variados testimonios sobre el controvertido gran hombre que acaba de desaparecer.

familias de más lustre ya entonces, los Larios —Martín y Pablo— y los Heredia, procedían de la Sierra de Cameros. Su empuje será la señal de partida para el desarrollo industrial de la zona.

Larios y Heredias, con sus incipientes industrias de hilaturas y azucareras, provocan la llegada a Málaga de técnicos extranjeros, con métodos de fabricación nuevos y más avanzados. Todo ello despierta un entusiasmo desarrollista que se traduce en crecimiento real y, al mismo tiempo, expande un cierto optimismo generalizado de la sociedad malagueña, añadido al carácter, ya de por sí vivo y alegre, de los malagueños.

Fernández Almagro, de cuyo libro, fundamental biografía de Cánovas, son los datos aquí aportados, dice que por entonces Málaga es una ciudad «alegre y despreocupada en su trabajo, aunque con «incidentes» que llevan a Torrijos ante el pelotón de fusilamiento con sus 52 compañeros»¹⁸.

Sin embargo, esa visión del biógrafo, que coloca, junto a los castizos del Perchel y Capuchinos, a «una nueva sociedad de sangre cruzada de alemanes, ingleses, franceses, italianos, suecos»..., por aquello de los técnicos que llegan contratados por Larios y Heredias, es parcial. También lo es la que nos ofrece Pedro Antonio de Alarcón, en sus «Últimos escritos», una Málaga en la que «los malagueños se extasiaban hablando de los Heredias y de los Larios, como luego habían de extasiarse también hablando de los Loring»¹⁹. La realidad no era ni alegre ni despreocupada: Málaga, como una de las ciudades importantes de España que es, vive con una mezcla de miedo y esperanza el tránsito de la tiranía a la difícil democracia que no acaba de lograrse. Había motivos para la inquietud y el sobresalto. Eso, al margen de las condiciones especiales que se dieron en seguida en la familia Cánovas con la prematura muerte del padre.

Málaga, es cierto, se expande y desarrolla. Es en Marbella donde, en 1832, se instala el primer alto horno de España, todavía de carbón vegetal, instalación y trabajo que hay que agradecer a los Heredia. Pero este mismo desarrollo privilegiado hace que se vaya formando en la comarca un estrato de población «no controlado», generalmente lle-

¹⁸ FERNÁNDEZ ALMAGRO, o.c., pág. 9.

¹⁹ ALARCÓN, PEDRO ANTONIO: *Últimos escritos*. Madrid, 1891; págs. 42-43. Citado por Melchor Fernández Almagro.

gado de fuera, sin raíces en la tierra, y que estos nuevos «malagueños» provoquen una cierta quiebra en los hábitos tradicionales, con la inquietud que ello produce. Málaga es, además, uno de los focos urbanos más importantes del republicanismo español; por tanto, se entiende que la represión real castigue con dureza a muchos malagueños.

La primera guerra carlista (finales de 1833) pone al país en virtual estado de excepción que permite la represión de los «exaltados», los más liberales, como una labor más del ejército y de la milicia, que, por cierto, acabará enfrentándose decididamente a los gobiernos represores. Por su parte, los «exaltados» aprovecharon la guerra para urdir sus propias conspiraciones, juzgando que el gobierno, metido en la guerra del Norte, no sería capaz de reaccionar. Sólo cuando la guerra carlista se evidenció como un peligro serio para la estabilidad de España, a raíz de los éxitos militares de Zumalacárregui sobre el general Rodil y, más tarde, sobre el exguerrillero Mina, liberales, monárquicos, pueblo llano, burguesía y aristocracia se unen alrededor de la regente Cristina, a la espera de la mayoría de edad de la futura reina Isabel, algo que se anhela y espera como panacea de todos los males. Pero esta suma de fuerzas para la salvación nacional no priva a los liberales de sus aspiraciones ni mata su imaginación conspiradora. Cuando Istúriz, en 1836, disuelve las Cortes, respondiendo así a una moción de censura que acaba de perder, nada más conocerse la noticia, Málaga crea una Junta Provincial de gobierno que se niega a obedecer al de Madrid. El 26 de julio, tras su creación, se proclama la vigencia de la Constitución de 1812. Tras la «sublevación de los sargentos de La Granja», unos días después, con el pueblo dueño de las grandes ciudades, el gobierno no tiene más remedio que aceptar la Pepa como Constitución y dejar paso a un equipo liberal, con Alvarez Mendizábal (realmente se llamaba Juan Álvarez Méndez) y Joaquín María López a la cabeza. Málaga, una vez más, había dado el pistoletazo de salida.

No es cosa de extenderse en noticias históricas al alcance de todos; sólo se pretendía mostrar alguna reserva a lo de la «ciudad alegre y despreocupada» del biógrafo de Cánovas.

Las dos Españas andaban ya a la greña. Además, las tropas carlistas se paseaban por la península y llegaban por el oeste a Finisterre y por el sur a La Granja. En mayo de 1837, don Carlos se encontraba a dos leguas de Madrid.

Y, aunque la Constitución de 1837 garantizaba los derechos individuales, no todo el mundo estaba satisfecho. Mariano José de Larra, que se suicida ese mismo año (1809-1837), había escrito, con su agudeza bien probada: «Así es que cuando yo digo que somos libres, no quiero decir por eso que podemos ser liberales a banderas desplegadas y salir diciendo por las calles: ¡Viva la libertad!, u otros despropósitos de esta especie; ni que podemos dar en tierra con los empleados de Calomarde que quedan en su destino»²⁰.

Palabras que conjugan, irónicamente, el ser y no ser de la libertad de España en esos años en que el niño Antonio Cánovas del Castillo aprende incluso aquellas disciplinas que le desagradan, como son las matemáticas, que su padre, en cambio, considera indispensables para su futuro. No en vano, solía decir, los números habían llevado a la riqueza y al poder a don José de Salamanca, malagueño que triunfaba en la Corte... y hasta en Londres. Los Cánovas enlazarían, siquiera de manera indirecta, por vía de matrimonio, con las más importantes familias de Málaga, la de los Heredia y la del propio Salamanca. Será por el casamiento, en 1839, de Serafín Estébanez Calderón, primo de doña Juana del Castillo y padrino del más pequeño de sus hijos, Serafín, con una Livermoore y Salas, hermana de las esposas de Salamanca y de uno de los Heredias.

José de Salamanca, hijo de un médico de Málaga, no hacía tantos años alcalde mayor de Monóvar y ya, al principio de los cuarenta, importantísimo hombre de negocios más que millonario, era el ejemplo que proponía don Antonio a su hijo mayor. Lo admiraba sinceramente. Y eso que don Antonio pasó a mejor vida —el dos de marzo de 1843— y no pudo ver cómo subía hasta el cielo la estrella de su admirado don José. Al año siguiente, la asociación de Salamanca con el banquero brasileño Buschental, que ya se había beneficiado del estanco de la sal —Salamanca se llevaría una buena parte de las ganancias—, y su alianza con el general Narváez para hacer operaciones de Bolsa, lo encumbran definitivamente. En una de esas operaciones, tras propalar la «noticia» de un golpe militar triunfante —no era verdad: el alzamiento de Rengifo y de Zurbano no prospera en ningún momento, juega a la baja y se lleva una fortuna que reparte en el Espadón de Loja.

²⁰ LARRA, MARIANO JOSÉ: *De un liberal de acá a un liberal de allá*. Tercera carta.

Salamanca era el modelo; el muchacho lo superaría, si no en fortuna sí en grandeza e importancia. Dos años después de la muerte de su padre, Antonio se asentaría en Madrid bajo la protección de Salamanca, aunque por poco tiempo. Es ya octubre de 1845.

Pero antes dejará en Málaga huella de sus preocupaciones intelectuales y literarias. Muy pronto, de acuerdo con los testimonios abundantes que nos quedan, se manifestarán los primeros síntomas de su vocación literaria. Unos años más tarde, apenas proclamada la mayoría de edad de Isabel II (octubre de 1843), siendo aún adolescente y huérfano reciente de padre —desde el dos de marzo de ese mismo año—... es decir, habiéndose convertido de hecho en cabeza de una familia numerosa, incrementa las muestras de su condición de muñidor de iniciativas culturales, antes, incluso, de tener la edad que se considera normal para esos menesteres. De hecho, sus primeros ensayos, —que reclamará desde Madrid en 1846 a uno de sus colegas—, se remontan a los dieciséis años y se publicarán en marzo de 1845. Hay varios testimonios de la precocidad de Cánovas, entre ellos, *La Joven Málaga*, publicación de la que él es principal animador, y que aparece, precedida por un prospecto anunciador, el quince de marzo de 1845, siete meses antes de que Antonio se traslade definitivamente a Madrid.

El académico y biógrafo Melchor Fernández Almagro dice que «de *La Joven Málaga*, —publicación fantasmal, desvanecida sin dejar huella en hemeroteca o archivo alguno— no hemos hallado ningún ejemplar, ni sabemos cuántos números aparecieron: muy pocos, probablemente». Sonia Chapado Basanta y Jacobo Rubio, alumnos en Historia del Periodismo de la Universidad San Pablo-CEU, de Madrid, de la doctora Pilar García Pinacho, nos dieron la alegría momentánea de poder contradecir al historiador: en el Museo de Artes Populares, de la Fundación Díaz Escobar, de Málaga, existían ejemplares de *La Joven Málaga*. Trini García Herrero nos hizo llegar fotocopias. Por desgracia, esa *Joven Málaga, revista de Literatura, Ciencias y Artes*, no tiene nada que ver con Cánovas ni con sus años jóvenes. Los ejemplares son de una publicación del mismo nombre pero editada 33 años más tarde, en 1878, cuando Cánovas es jefe del Gobierno de España, y Málaga queda en el recuerdo. Sirve, al menos, para reavivar, por algún tiempo, la memoria de la iniciativa canovista y de sus empeños ideológicos. Eso sí, hemos podido ver, al menos, que en este *revival* de la publica-

ción de Cánovas hay tan ilustres colaboradores como el también malagueño Alejandro Sawa, que sirvió de modelo para el Max Estrella de Valle-Inclán en *Luces de bohemia*, un jovencuelo que contaba, entonces, 16 años.

La ideología de la publicación de Cánovas de 1845 es clara: tradición y modernidad, libertad ante todo, por supuesto, pero dentro del orden y del espíritu de conservación del «respecto y amor a las cosas antiguas». Se ve la mano del jovencísimo Cánovas en el equilibrio que rezuman los textos. Muchos años más tarde confesaría, hablando del autor de los «Estudios literarios», es decir, de él mismo: «Hasta el día de hoy, en cuanto ha pensado y hecho, siempre se ha propuesto y procurado con empeño reunir y concertar felizmente el respeto y amor a las cosas antiguas con la sincera adhesión que nunca ha dejado de rendir en su alma, y de demostrar en sus acciones al libre espíritu de su tiempo... Para él, como ha sido esto al fin una doctrina y no un sentimiento únicamente, la tarea de defender sus miras no fue nunca tampoco muy ardua, ni lo será en ningún caso»²¹.

Los textos de «La Joven Málaga», eco natural de un romanticismo que se ha impuesto con toda su fuerza tras el regreso de los escritores exiliados, son, por los testimonios que tenemos, modelo de inquietud prometedora. Ya en estos escritos que, en carta de 5 de julio de 1846, pedirá a su amigo José Rodríguez²² se advierte el peso del esfuerzo por compaginar lo que hay que conservar con las necesidades liberadoras de la época. Eso que será el talón de Aquiles de Cánovas en la crítica de sus adversarios políticos: pretende casar contrarios. Pero, ¿qué es Cánovas sino ese esfuerzo, que, por cierto, también se advierte en su obra literaria? También en ella buscará compaginar lo barroco con lo claro. Muchas veces vence lo barroco.

El Madrid romántico que recibe a Cánovas

Así pues, el jovencísimo Antonio Cánovas del Castillo alcanza Madrid una tarde de octubre de 1845. Un Madrid frío ya, aunque

²¹ CÁNOVAS DEL CASTILLO, ANTONIO: *Estudios Literarios*, tomo I. Madrid, 1868. Imprenta de la Biblioteca Universal Económica. Prólogo, págs. XIII-XIV.

²² «Me harás el favor de buscarme una colección de *La Joven Málaga* y el número que salió del *Eco de la Juventud*. Son nuestros primeros ensayos y no quiero perderlos», escribe.

dorado por los últimos rayos de sol sobre el paisaje del oeste de la ciudad, que está abierta y avizor a todas las tertulias y conspiraciones cuando el muchacho malagueño alcanza la residencia de El Solitario, su tío segundo don Serafín Estébanez, ya famoso en el mundo de las bellas letras.

Cánovas llega fatigado. Han sido once días de viaje, pese al glorioso nombre-lemma de la empresa de transportes que utiliza, «Mensajeros acelerados». Los cafés de la Corte están repletos. Como rezaba un grabado bastante posterior que representa uno de ellos: «Las nueve de la noche y ya está lleno, /icualquier pensará que el café es bueno!». No acudirá Cánovas esa noche a ninguno de los cafés literarios de Madrid, auténticos nidos de conspiradores, pero, sobre todo, lugares excitantes para los recién llegados a la capital dispuestos a convertirse en escritores. Pero en seguida aprenderá el camino. «La Fontana de Oro», en la Carrera de San Jerónimo, sede de «Los Comuneros», ya era famoso años antes de que naciera Cánovas. No será uno de sus preferidos. Frecuentará, en cambio, «El Parnasillo» y, ganado por la urgencia de la gloria, inmediatamente se pondrá a escribir: antes de que acabe el año habrá publicado en el suplemento de los lunes de «El Español» su primera poesía.

El Madrid al que llega Cánovas, un Madrid político-literario (es difícil separar los dos adjetivos cuando en las listas de los fugaces gobiernos de la época se encuentran nombres como Martínez de la Rosa o el duque de Rivas) participa de las características que hemos señalado aunque con una espesura de vida muy superior a la que pudiera darse en una capital como Málaga.

Tampoco es Madrid precisamente una megalópolis. Debe de andar, entonces, por los ciento cincuenta mil habitantes y no resulta difícil pasearla del Manzanares a Recoletos en una de estas tardes doradas y ya frescas del otoño que recibe a Cánovas.

Las *fondas* de Madrid son abominables, según Larra; «¿qué alicientes traen al público a comer a las fondas de Madrid? Y me contesto: el público gusta de comer mal, de beber peor, y aborrece el agrado, el aseo y la hermosura del local»²³.

²³ LARRA, MARIANO JOSÉ DE: *Quién es el público y dónde se le encuentra!*. El pobre-cito hablador. Edición facsímil de los originales. Espasa Calpe, Madrid, 1979. Págs. 11-12.

De los *cafés*, en el mismo artículo nos dice el Fígaro: «Me apresuro a examinar el gusto del público en materia de cafés. Reparo con singular extrañeza que el público tiene gustos infundados: le veo llenar los más feos, los más oscuros y estrechos, los peores, y reconozco a mi público de las fondas. Por qué se apiñan en el reducido, puerco y opaco *café del Príncipe*, y el mal servido de *Venecia*, y ha dejado arruinarse el espacioso y magnífico de *Santa Catalina*, y anteriormente el lindo del *Tiboli*, acaso mejor situados? De aquí infiero que el público es caprichoso»²⁴.

Y de novelistas, ¿cómo anda ese Madrid? Vive de traducciones; se traducen las novelas del señor Walter Scot (sic) y algunas de Cooper. «Doce reales me viene a dar por pliego de imprenta, y el día que no traduzco no como», remata Larra²⁵.

¿Y el teatro? «También suelo traducir para el teatro la *primer piecici-lla* buena o mala que se me presenta, que lo mismo pagan y cuesta menos: no pongo mi nombre, y ya se puede hundir el teatro a silbidos la noche de la representación. ¿Qué quiere usted? En este país no hay afición a esas cosas»²⁶.

Hay que suponer que algo habría cambiado el panorama de la Corte cuando, doce o trece años después de los artículos de «El Pobrecito Hablador», llega Cánovas con sus diecisiete años ilusionados. Pero no tanto como sería de desear, porque el clima sigue siendo, al parecer, desolador.

Un testigo crítico de la época, el autor de «Madrid al daguerrotipo», «colegio de cuadros políticos, morales, literarios y filosóficos sacados del natural y pintados después» —según vanidosa pero real descripción del propio autor del libro, que se esconde bajo el seudónimo de *Barón de Parla-Verdades, primer chismógrafo de la Corte*—, escribía en 1848 sobre «el Liceo Artístico y Literario», añorando la concurrencia de antaño —hasta «S. M. misma se dignaba honrar con mucha frecuencia los magníficos salones de Villahermosa»— y lamentando que aquel templo de la gloria ya no existiera. «Allí se alzaba el eco tierno y melancólico de Enrique Gil, la voz amarga y desgarradora de Larra, el acento enérgico y apasionado de Espronceda; la canción sonora y fantástica de Zorrilla... la musa de Vega, de García Gutiérrez, de Rubí

²⁴ Ibidem, pág. 13.

²⁵ Ibidem, *Carta a Andrés escrita desde las Batuecas*, pág. 7.

²⁶ Ibidem, id. , págs. 7 y 8.

y de Bretón de los Herreros. Allí, en fin, rivalizaban dignamente los pinceles de Rivera, Esquivel, Villaamil y Madrazo». Y, en seguida, el lamento: «Pero ya ese templo no existe; Enrique Gil, Larra y Espronceda murieron en la flor de sus días; los demás poetas o artistas han arrojado sus liras y sus pinceles, o se han retirado al fondo de sus gabinetes de estudio, divididos y diseminados por el tiempo y por la fortuna. La juventud nueva apenas brota dignos herederos de sus laudos, y los *Liceos* de Madrid han venido a reducirse a *algunas tertulias* donde, por todo tributo a las artes, se baila la *polka-mazurka* y se hacen comedias caseras»²⁷.

También en ese libro se habla del teatro, si bien esta vez es cita de cita: «Que las malas imitaciones exciten así nuestro entusiasmo, que con sus gestos y sus saltos vengan unos bailarines franceses a arrancarnos las pesetas y los aplausos que escatimamos a los buenos actores; que llene cien veces el teatro «La linda Beatriz» con sus piruetas, mientras el «Edipo» y «La vida es sueño» no congregan seis docenas de soñolientos espectadores; que en Madrid se «permita» un espectáculo tan costoso, cuando Vega y Bretón de los Herreros viven de su sueldo, Escosura no ha podido hacerse jamás la cuarta levita, Hartzzenbusch, Rubí y Gil y Zárate andan a pie por esos lodos, Zorrilla saca su último duro el día de S. Silvestre, y la mayor parte de los actores de nuestros teatros no se pueden quitar el hambre a bofetones... ¡Oh! eso es escandaloso, es horrible, y prueba evidente que si en España el teatro está en decadencia, es porque no puede, porque no debe estar floreciente: tal es la necesaria consecuencia de nuestra escasísima cultura y de nuestra civilización tan lastimosamente atrasada»²⁸. «Esa pintura se hacía en 1845», el mismo año en que Cánovas llega a Madrid. No parece muy lucido panorama para alguien que quiere ser escritor.

Sin embargo, como ya se ha dicho, el muchacho que es Antonio Cánovas, con la imagen idealizada que siempre, en provincia, se tiene de este Madrid imán de candidatos a toda suerte de triunfo, publica antes de que acabe 1845 su primer poema «madrileño» y, seguramente ignorante de tantas deficiencias como la Corte tiene, se dispone a

²⁷ BARÓN DE PARLA-VERDADES: *Madrid al daguerrotipo*. Edición facsimilar de la de 1849, realizada por la Comunidad de Madrid en 1987. Pág. 322.

²⁸ «*Gal. de español cel. contemp. por D. N. Pastor Díaz y D. F. de Cárdenas. Biog. de D. J. G. Luna, t. VII, pág. 67 y sig.*» (Cit. *Ibid.* pág. 528).

conseguir varios objetivos inmediatos: un puesto de trabajo, que logrará en seguida gracias a su tío don Serafín Estébanez Calderón «El Solitario» —del que, bastantes años después, Cánovas será biógrafo nada imparcial— y dentro de los dominios del admirado don José de Salamanca; poner las bases para el éxito personal siguiendo las huellas deslumbrantes del financiero malagueño y medio pariente ya de la familia; hacer una carrera de Leyes que le ofrezca base segura para otras aspiraciones —sin excluir las políticas— y, sobre todo, con urgencia, tener éxito en los medios literarios.

Y, para ello, lo primero que decide, lo que más le apremia emocionalmente es frecuentar las tertulias, los cafés donde se multiplican, cada día, las oportunidades para encontrar hueco impreso para sus artículos. No está mal informado el aspirante a escritor; lo podrá comprobar en su actividad personal, casi recién llegado a la Corte. No sólo publica su primer poema en seguida sino que, cubierto el riñón por sus ingresos laborales —de los que envía a su madre una buena parte—, colaborará en diversas publicaciones, de las que no faltan en Madrid.

María Cruz Seoane, en su *Historia del Periodismo en España*, recoge de José Luis Comellas un significativo párrafo debido a Mesonero Romanos y escrito precisamente ese mismo año 1845, donde se describe, con la plasticidad propia de don Ramón, lo que habrían sido la llegada y disposición del joven Cánovas, aunque, lógicamente, el párrafo no se refiera de hecho al «aspirante» malagueño. «Monta en la diligencia peninsular —en este caso, añadimos nosotros, de la solvente escudería de los *Mensajeros acelerados*, once días de duro traqueteo desde Málaga a Madrid—, arriba felizmente a las orillas del Manzanares, se hace presentar en los cafés de la calle del Príncipe y en las tiendas de la de Montera, en el Ateneo y en el Casino: lee cuatro coplas sombrías en el Liceo, comunica sus planes a los camaradas y logra entrar de redactor supernumerario en un periódico»²⁹.

Ni más ni menos, la trayectoria de Cánovas en los otoñales días de octubre de 1845. Además, lo tenía todo previsto: y así, tras unas semanas de tanteo, se instala de pensión en el número seis de la cén-

²⁹ SEOANE, MARÍA CRUZ: *Historia del periodismo en España*. 2. *El siglo XIX*. Alianza Universal Textos. Madrid, 1983. Pág. 13. (COMELLAS, JOSÉ LUIS: *Los moderados en el poder*. CSIC. Madrid, 1970, pág. 112).

trica y siempre animada calle del Barco, famosa ya entonces por sus jaranas nocturnas, nada ejemplares, y, precisamente, en la llamada *Casa del Pecado Mortal*, para mayor desafío a la buena sociedad... y se pone a trabajar.

Porque también ha buscado ya trabajo. Lo desempeñará, con toda comodidad, en las oficinas de la Central de Ferrocarriles, la empresa que preside su pariente don José de Salamanca, afanada, por aquellos meses, en el proyecto Madrid-Aranjuez, que se inaugurará en 1851. Allí se acomoda, con un sueldo de 8.000 reales al año —no es mal sueldo para un muchacho— y de ese sueldo va a vivir tres años, además de la cantidad que envía a Málaga.

Pero no olvida su empeño como aspirante a «redactor supernumerario», que diría Mesonero. En seguida conectará con diarios y publicaciones periódicas donde publicar sus artículos y sus poesías. Por fortuna, tiene donde elegir: en el Madrid de aquellos años de fervor liberal se editaban una docena de diarios, casi veinte revistas semanales, media docena de publicaciones mensuales, es decir, casi medio centenar de periódicos, sin que el número varíe mucho de un año a otro. Si en unos meses «moría» una docena de publicaciones, otra docena estaba emergiendo. Por eso Cánovas tiene campo abonado para sus colaboraciones: nos constan, en 1846, en «*El Semanario Pintoresco*», una publicación con intenciones divulgadoras científico-literarias, fundado precisamente por Mesonero diez años antes. Publicación, además, que innova técnicas de impresión gracias a su prensa mecánica y otros avances que importa de Francia, con los que abarata costes. Lo que Mesonero hace es introducir en España la revista ilustrada de divulgación, al estilo de ingleses y franceses. Sus modelos declarados son el *Penny Magazine* y el *Magazine Pittoresque*³⁰.

En el semanario de Mesonero, de larga vida (más de veinte años) y con tiradas de hasta cinco mil ejemplares —insólito en una publicación de élite— encontramos las primeras colaboraciones de Antonio Cánovas, que acaba de cumplir los 18 años. Ya ha olvidado el consejo de su tío Serafín de que curse la carrera eclesiástica.

Pues, en el semanario de Mesoneros, de larga vida (dos décadas) y con tiradas de hasta 5.000 ejemplares (algo insólito para una publica-

³⁰ Ibidem, pág. 168.

ción de élite), encontramos artículos de Cánovas en 1847. Su gran valedor es el entonces director del semanario, Ángel Fernández de los Ríos, que lo era desde 1846, dinámico periodista y empresario con el que colaborará también cuando, en 1849, funde *La Ilustración*, así como en su *Biblioteca Universal* de obras clásicas y modernas, españolas y universales, proyecto que culminará, en diciembre de 1850, con el periódico *Las Novedades*. Fue precisamente en el primer diario de Fernández de los Ríos, es decir, en «La Ilustración» donde publicó una violenta diatriba contra Bartolomé José Gallardo, quien había señalado a Estébanez Calderón como presunto autor de un texto atribuido a Cervantes y a todas luces falso, y lo bautizaba con motes como *Aljamí Malagón Farfalla*³¹.

Pero, para entonces, Antonio Cánovas ya había trabajado, durante casi un año, en *La Patria*, de su buen amigo Joaquín Francisco Pacheco, antiguo jefe de Gobierno, que lo había nombrado director del diario. Desgraciadamente, ya estaba tocado y cerraría unos meses más tarde. Después, veremos colaboraciones suyas en los progresistas *El Oriente*, de Ángel Miranda, y en el «exaltado» *El Constitucional*. También progresistas fueron *El Trono* y *La Nación*, este último de González Morón, promotor, junto con Pacheco, de «La Patria». En «La Nación» colaborará poco tiempo.

Pero antes, aún tendrá tiempo para convertirse en *duelista*, con gran asombro de familiares y amigos. Por fortuna, el duelo a pistola previsto con el entonces director de *El Heraldo*, el inquieto y siempre agresivo José Joaquín de Mora, alias *Mirtilo Gaditano* y *Heleno-Filo*, se suspendió en el último momento y la sangre no llegó a derramarse. Cánovas ni siquiera conocía el manejo del arma³².

³¹ Gracias a este incidente dialéctico, Estébanez nos «regaló» aquel famoso soneto, de bibliógrafo —el— a bibliógrafo —el extremeño Gallardo lo era, e importante—, que comienza con el verso *Caco, cuco, faquín, biblio-pirata*, tan celebrado. Cánovas, en la biografía de «El Solitario», rectificaría sus ideas sobre Gallardo.

³² JOSÉ JOAQUÍN DE MORA, gaditano (1783-1864), junto con su paisano Antonio Alcalá Galiano, fue el defensor, en la famosa «querrela calderoniana», de la cuna neoclásica del liberalismo, frente a la tesis romántica de Juan Nicolás Böhl de Faber. Exiliado en Inglaterra, traduce a Walter Scott, publica revistas para españoles en el exilio; a su regreso a España, su actividad se multiplica: crítico, periodista, poeta... Su enfrentamiento con Cánovas no deja huella en sus relaciones. Mora tenía por entonces 67 años, Cánovas, 22.

Desde esa condición de director de un periódico de ideas como es «*La Patria*»³³, adquiere pleno sentido el resto del párrafo de Mesonero Romanos que hemos citado en su primera parte: «A los pocos días, —completa Mesonero— tiende el paño y explica allá a su modo la *teología política*; trata y decide las cuestiones palpitantes, anatomiza a los *hombres del poder*, conmueve a las *masas*, forma la *opinión*, es *representante del pueblo*, hace su *profesión de fe* y profesa al fin en una intendencia o una embajada, en un gobierno político o un sillón ministerial»³⁴.

Su carrera literaria, no tan rápida, tal vez, como él soñaba, comienza en los cafés, tan denigrados por Larra. En *El Parnasillo*, *Príncipe*, *Venecia*... Más de sesenta hay de fama en Madrid. Ese mismo año 1845 se ha abierto el *Suizo*, donde después se emplazaría *Fornos*. En 1848 se abre el *Iris*, ya con luz de gas. El 48, el *San Luis*, en la calle de la Montera... El que más frecuenta Cánovas será «*El Parnasillo*», —«ya decadente salón», comenta el necrologista Vicente Vignau y Ballester—; también el más vivo *Café del Príncipe* y hasta el de *La Esmeralda*, también en la calle de la Montera. En «*El Parnasillo*» se hizo presentar al gran Quintana³⁵, conoció al dramaturgo Juan Eugenio de Hartzenbusch, que ya había triunfado, en 1837, con «*Los amantes de Teruel*», al catedrático Antonio Gil y Zárate, al crítico y académico Antonio Ferrer del Río, al poeta Gaspar Núñez de Arce, al malagueño y más tarde académico Tomás Rodríguez Rubí. En «*La Esmeralda*» tratará a *Eguilaz*, al hijo de Larra, Luis Mariano, a Vicente Barrantes, Eduardo Gasset y Artime, Núñez de Prado...³⁶.

³³ *La Patria* es un diario moderado cuyos fundadores, además de JOAQUÍN FRANCISCO PACHECO, son RÍOS ROSAS, BENAVIDES y FERMÍN GONZALO MORÓN. Hace crítica histórica y filosófica y publica poesías, sobre todo *patrióticas*. Cánovas está allí...

³⁴ SEONE, *idem*, pág. 112.

³⁵ MANUEL JOSÉ QUINTANA (1772-1857), «espejo» de escritores liberales, «padre» de la Constitución de Cádiz, encarcelado y exiliado. Su valor literario está siendo hoy revisado al alza.

³⁶ EMILIO CÁNOVAS DEL CASTILLO cuenta una anécdota acontecida en el café Esmeralda que vale la pena recordar brevemente. Un caballero provector y de porte noble, leía, ensimismado, en la mesa próxima a la de la tertulia en la que, con fogosidad propia de los años, discutía Cánovas sobre temas políticos y parlamentarios. Antes de abandonar el café, el caballero preguntó a uno de los presentes quién era ese joven. «Es Antonio Cánovas del Castillo, estudiante de Leyes», respondió el interrogado. «Pues las dará a la nación», respondió Joaquín María López,

Por supuesto, Cánovas entró muy pronto en el *Liceo*, pero le gustaba más participar del ambiente, siempre cargado de polémica, tanto política como «científica», del *Ateneo*, que, fundado en 1820, se animará en octubre de 1835, dando vida a una actividad cultural que no se detendrá ya más que en momentos de grave estado de emergencia nacional. En diciembre de ese mismo año 1835 fue elegido primer presidente don Ángel de Saavedra, duque de Rivas, recién regresado de su exilio italiano (antes se había refugiado en Londres, como queda dicho), quien tendrá como colaboradores más directos al riojano Salustiano Olózaga y al gaditano Antonio Alcalá Galiano³⁷.

En plena actividad ateneística se desata el fuego romántico, avivado, dos años más tarde, con el pistoletazo con el que Larra acaba con su vida.

Y al Ateneo acudirá Cánovas en cuanto llega a Madrid, pues es una de sus referencias más apetecidas. Será precisamente en el Ateneo donde trabee amistad con Joaquín Francisco Pacheco, su amigo y protector en las tareas periodísticas, como queda dicho. A través de él conocerá y tratará mucho al polifacético gallego don Nicomedes Pastor Díaz³⁸, así como al polígrafo extremeño Juan Donoso Cortés,

—pues él era el caballero—, ex-presidente del Gobierno. Saludó levemente alzando el sombrero y salió del café.

³⁷ El prólogo de ALCALÁ GALIANO a esa «leyenda novelesca» en verso, «el más homérico de nuestros poemas épicos» (dice Valera) que es «El Moro expósito o Córdoba y Burgos en el siglo XI», del Duque de Rivas, se considera el *manifiesto del Romanticismo español*. «El Moro expósito» es un larguísimo poema épico en el que, con grandes meandros de otras historias, se conduce la leyenda de los Infantes de Lara. Hay en él indicios juveniles del poeta, enriquecidos, por supuesto, con la experiencia y sus numerosos contactos con las letras foráneas.

³⁸ NICOMEDES PASTOR DÍAZ, (Vivero, Lugo 1811-Madrid 1863), fue poeta, crítico, novelista, protector de Zorrilla desde el mismo día de su revelación poética ante la tumba de Larra, académico, rector de la Universidad Central de Madrid, ministro varias veces, diplomático... y periodista. Precisamente, la primera parte de las cuatro de que consta su novela *De Villabermosa a la China* (1858), fue publicada, dice *Alborg* (O.c. vol. IV, pág. 404), en 1848, como folletín en *La Patria*. Puede que estemos ante un error cronológico, pues *La Patria*, de vida muy breve, aparece en 1849, cuando Cánovas se incorpora a su redacción, y desaparece en 1851. El dato no es relevante. La relación de Cánovas con Díaz, sí. Que la publicación de la novela fuera en 1849 parece lógico. Nicomedes Pastor Díaz, al ceder su folletín a «La Patria», apadrinaba, con su prestigio, el diario recién nacido.

que tanto impresionaría a Cánovas, después de la revolución de 1848, con sus reflexiones para el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* (1851).

También trató en el Ateneo a jóvenes como Emilio Castelar. Pero el trato con él fue más cotidiano: fueron compañeros de instituto y en la Universidad durante años.

Cuando Cánovas acude por primera vez al Ateneo, la docta casa se había trasladado, siendo presidente Martínez de la Rosa, a la plaza del Ángel. Después encontraría definitivo acomodo en el pretencioso caserón de la calle del Prado.

Lo cierto es que Cánovas nunca dejó de participar en la vida del Ateneo madrileño. Si en el curso 1848-49 sigue las conferencias de su amigo don Nicomedes Pastor Díaz sobre *Los problemas del socialismo*, a las que, ya en forma de libro, pondrá él bella introducción con el título «Del socialismo en 1848», cuatro años después, con apenas 25, será él mismo quien «explica (allí) historia europea del siglo XVI», dice Tuñón³⁹. Ha terminado Derecho y abierto bufete ese mismo año 1853.

Mucho después, cumplidos los cuarenta y dos, en 1870, será elegido presidente del Ateneo, no sin dura oposición de algunos veteranos de la casa, que fundan sus objeciones en las ausencias de Cánovas como socio durante algunas temporadas, consecuencia lógica de sus muchas ocupaciones. Frente a las protestas, Juan Valera escribirá aquella sentencia que, al parecer, zanjó o, por lo menos, hizo acallar las protestas: «Si (Cánovas) no es socio, nuestra elección lo hará».

Lo cierto es que preside el Ateneo nada menos que cinco años, hasta 1875. La razón de su retirada está en la historia: después de dos años al frente del Partido Alfonsino, tras rehusar integrarse en el gobierno que se forma después del golpe de Estado del general Pavía el 3 de enero de 1874, se hace cargo a la presidencia del llamado Ministerio-Regencia el 31 de diciembre de 1874, después del pronunciamiento monárquico del general Martínez Campos en Sagunto dos días antes. Unos días más tarde presenta su renuncia a la presidencia del Ateneo.

Prácticamente, a partir de la Restauración, que su liderazgo alfonsino conduce de manera eficacísima, el personaje literario que es Cánovas desaparece de la escena, salvo en momentos breves en que sabemos que

³⁹ O.c. pág. 178.

revisa la edición de algunas obras o escribe coyunturales homenajes poéticos. Se ha perdido al escritor en beneficio del estadista.

La obra literaria del escritor que se mete a político

Cánovas comienza mucho antes de 1875 su actividad política, cada vez más intensa y absorbente. Con criterio muy razonable, historiadores y biógrafos consideran que es su participación en el pronunciamiento de O'Donnell y la redacción, de su mano, del *manifiesto de Manzanares*, «proclamando al país liberal» el 7 de julio de 1854, el gesto que decide su futuro definitivamente.

La «Vicalvarada» que encabezan los generales Dulce, O'Donnell, Ros de Olano, Medina, Echagüe y Serrano está a punto de fracasar porque ha sido concebida como «golpe de espadas», sin el apoyo del pueblo que, a su vez, se manifiesta cantando el Himno de Riego. Ese pueblo necesita que los que pretenden cambiar la situación se ocupen también de sus problemas. Si lo hacen, estará con ellos. Cánovas lo sabe y, discretamente, se entrevista en Manzanares con O'Donnell. Tiene 26 años nada más pero le sobran para imponer a O'Donnell, con el apoyo de Serrano, su tesis de asumir las demandas del pueblo y hacer una revolución pacífica con el pueblo. El propio Cánovas se encarga de redactar el *Pronunciamiento* —también *manifiesto*— de *Manzanares*.

No nos corresponde examinar el contenido de un texto que fue capaz de arrastrar a las masas e incluso de provocar, en la inercia de una época revolucionaria, efectos propios de la de 1848, con enfrentamientos, barricadas y utilización de armas por las milicias populares, duramente reprimidas, a veces, por el poder legítimo que estaba a punto de ser derribado. Nos limitaremos a señalar, sin más, la contundente eficacia de la prosa utilizada por el autor, de la *perspectiva pragmática de comunicación* que representa, suerte de relativismo en el lenguaje que Cánovas sabrá utilizar en las distintas —bien distintas— intervenciones en la diversidad de su actividad pública y, antes, en sus publicaciones, incluso las más líricas.

Por lo que al marco temporal de creación de su obra literaria, que es lo que ahora mismo nos interesa, digamos, brevemente, que a partir de esa fecha del verano de 1854, la política apenas le dará tregua y, como reitera él mismo en los distintos prólogos que suelen acompañar la reimpresión de sus obras, éstas son productos de juventud,

naturaleza a la que él achaca supuestas imperfecciones y hasta la necesidad de corregir continuamente antes de volver a darlas a la imprenta. Salvo los dos años (1855-1857) que desempeña, en Roma, el cargo de «agente de Preces», y que él reconoce como tiempo que «debió de acrecentar mucho la afición que él ya tenía, no tanto al espíritu como a la forma y estilo de la poesía clásica»⁴⁰, el resto de su tiempo lo dedicará ya enteramente al servicio del Estado, incluso esos años anteriores y posteriores a la Gloriosa —la revolución septembrina de 1868 que derriba del trono de España, por abandono, a la dinastía de los Borbones— en los que parece «no hacer nada», en la oposición primero (1866-1872), al frente del partido Alfonsino después (1873-1875).

Conviene, pues, reiterar, como él solía hacer, el carácter juvenil de su creación literaria y, de modo especial, de su obra poética, por más que, esporádicamente, con ocasión de homenajes, cumpleaños, bodas, entierros y toda suerte de acontecimientos de naturaleza familiar e íntima, nunca dejara de escribir unos sonetos a Laura o una égloga garcilasiana, sin pastores, a Elisa.

Pero tiene razón en sus excusas, aunque pudiera pecar por exceso en las mismas: su obra poética y literaria pertenece a sus años jóvenes. También buena parte de sus escauceos históricos. Tal vez la única obra que, teniendo la consideración de literaria —sin duda la tiene—, cuerpo editorial más que sobrado —dos volúmenes y setecientas cincuenta páginas entre ambos— y definición como género —biografía—, pertenece a una edad más que madura, sea «*El Solitario y su tiempo*», pero la razón es tan simple como que don Serafín, su tío y protector en los años adolescentes y juveniles, murió en la capital, siendo consejero de Estado y otras dignidades, en 1876. El debido tributo que, en hábito de biografía, debía prestar Cánovas a la memoria de su tío Serafín tuvo aún que esperar seis años, seguramente los más ajetreados del autor de *El Solitario y su tiempo*, pues andaba a vueltas con la consolidación de la restaurada monarquía en la persona de Alfonso XII.

«El título que llevan estos volúmenes —escribe en el prólogo a los dos que componen la edición de 1868 de *Estudios Literarios*— deja

⁴⁰ D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Estudios Literarios*, Tomo I. Madrid, 1868. Imprenta de la Biblioteca Universal Económica, pág. XV.

entender desde luego la escasa importancia que da el autor a los trabajos que contienen. *Frutos los más de su primera juventud...*⁴¹.

Sabemos, gracias a esta rememoración que hace en el prólogo, que estos escritos vieron la luz por primera vez entre 1848 y 1853, —«*hace quince o veinte años, cuando lo más de esto se dio a luz*»⁴²— es decir, cuando el autor tenía entre veinte y veinticinco años. No suele llamarse, precisamente, a esa edad «primera juventud» pero es de suponer que Cánovas hubiera redactado bastantes de esos escritos bastante antes de su publicación, dados los temas y pretextos de algunos de ellos, circunscritos a paisajes de su infancia y a efectos que son más adolescentes que maduros, incluso en la visión idealizada, plena de platonismo coqueto y tópico, de la imagen de la mujer a la que dedica alguno de sus «cantares»⁴³.

El propio Cánovas, que llena la boca de excusas y humildades cuando prologa o introduce alguna de sus obras, nos ha hecho el favor de datar las composiciones que publicó en la edición de los «Estudios» de 1868, facilidad histórica que suprime en la edición de las *Obras Poéticas* de 1887. Salvo que el autor quiera asombrarnos con su ingenio, haciéndolo más juvenil de lo que ya lo es, el poema «A Luz», citado en la nota a pie de página, lleva fecha de 1848, cuando el poeta ha cumplido veinte años.

Parecida precocidad se puede atribuir a su labor en otros géneros literarios que practica de manera habitual nuestro joven escritor apenas instalado en Madrid. La réplica a Gallardo, que había insultado a Estébanez Calderón, fue temprana y contundente, como queda ya dicho, y nos demuestra su habilidad para la crítica. Un nuevo ejemplo de rigor encontramos en el duro juicio que escribe Cánovas sobre *Don Álvaro o la fuerza del sino*, del Duque de Rivas, considerado tradicionalmente como el triunfo apoteósico del teatro romántico en España, aunque, a decir verdad, su estreno en Madrid en el teatro del Príncipe, en la noche del 22 de marzo de 1835, no pasó de ser un mediano

⁴¹ Ibidem, pág. VII.

⁴² Ibidem, pág. X.

⁴³ Sirva de ejemplo la serie de *seguidillas* del poema titulado *A Luz*, en el que el juego de heptasílabos y pentasílabos, es decir, versos quebrados, permite la contradicción de conceptos de manera inmediata: «Y esos tus ojos claros,/ niña, semejan/resplandores al lejos/de alguna estrella./ ¡ilusión frágil!/ que, de cerca mirados,/ son tempestades».

suceso, con once representaciones, cifra que no da para un fracaso pero mucho menos para un éxito. Tampoco en «provincias», salvo, si acaso, en Valencia, cosechó laureles la obra de Rivas. En Sevilla, ciudad, muy querida por él, fue, incluso, silbada.

Pues bien, tras un análisis positivo del valor estilístico y de la rotundidad del verso del drama de Don Álvaro, Cánovas se lamenta de que «*sus desdichas* –las del protagonista– *se encadenan por mera casualidad y eventual y vulgar combinación de circunstancias, que no por decreto divino*»⁴⁴. Nada meritorio, por cierto, el juicio de Cánovas, pues tenía a la vista casi veinte años de comentarios críticos a la obra de Rivas, fuera ya del ambiente de euforia en que había sido estrenado por un autor que, además de poeta y dramaturgo, representaba la caída y el triunfo del político.

Nótese, sin embargo, que el crítico no pretende hacer sangre ni atribuir falla alguna al famoso autor de «Don Álvaro» y opta por una indefinición en la culpa atribuible. La *casualidad*, la *eventualidad* y la *vulgaridad* en la combinación de circunstancias, que son los tres graves componentes causales de la mediocre imagen que le ofrece el drama romántico del Duque de Rivas, bastan y se sobran para ofrecer una crítica acerba –tal vez sería mejor calificarla de rigurosa– sin que el autor, loado previamente, pueda sentirse del todo herido.

Esta disposición a expresarse en términos críticos, atenuada por el reconocimiento, previo o inmediato, de las virtudes que lo criticado encierra, es muy propia de Cánovas. Incluso cuando se refiere a sus propias obras, sea el género que fuere, pero, de manera especial las poéticas. Aquí, el camino que sigue es siempre el mismo: primero desdén su producción, al tiempo que aporta razones para el desdén, y, después, con modestia nunca desmentida, pide clemencia, al amparo de lo que suele hacerse con los clásicos y consagrados. Así lo hace en la presentación de su obra poética al referirse a como, tan joven, solía preferir lo espontáneo a lo elaborado, por lo cual, claro está, «*¿cuántos errores no ha de haber él mismo cometido otras veces, trabajando ordinariamente de prisa y sin leer por lo común siquiera la cuartilla de papel después de escrita?*»⁴⁵, se pregunta, tratando de justificar algo que no necesitaba

⁴⁴ RICARDO NAVAS RUIZ: *Introducción a la edición de «Don Álvaro o la fuerza del sino»*, Clásicos Castellanos. Madrid, 1975. Citado por Alborg, o.c. págs. 490-91.

⁴⁵ CÁNOVAS, *Estudios*, o.c. pág. XI.

justificación: la corrección de imperfecciones antes de proceder a editar la colección de poemas. «La obra literaria —escribe poco después en el mismo prólogo, tratando de buscar amparo en modos críticos al uso—, como todas las de arte, debe ser siempre ofrecida al público con la mayor perfección posible en su forma, por aquellos autores sobre todo a quienes no asiste la más remota esperanza de *que ni sus contemporáneos, ni la posteridad miren sus faltas, con la justa indulgencia con que todo el mundo disculpa al presente la afectación y flojedad de algunos de los versos inmortales de Calderón, o las incorrecciones de dibujo que fácilmente pueden señalarse en tal o cual lienzo del divino Murillo*»⁴⁶.

Incluso sus «excusas» llegan a más, hasta el punto de atribuir el escaso valor de sus obras —el escaso valor que él, en juego previsor, les atribuye, por supuesto— a sus ocupaciones extraliterarias: «Le han faltado el tiempo y las ocasiones al autor para cultivar determinadamente cualquiera de ellos (de los géneros literarios); aquel, por ejemplo, que a sí propio le señalase la experiencia como más acomodable a sus facultades. (...) por el contrario, conforme iba haciendo lecturas diferentes, y divisando tras ellas nuevos horizontes, cada cual de sus escritos presenta naturalmente un carácter distinto del de los otros, que, o bien antes, o bien después, ha llevado él mismo a cabo»⁴⁷.

Sin embargo, no es la barquilla literaria de Cánovas esquiife a merced de las olas, a falta de más seguro transporte que lo conduzca a puerto. Sabe lo que se ha propuesto y lo que, de acuerdo con su proyecto, realiza. Lo dice él mismo, y es axioma normativo que aplicará a su actividad política, por más que esté hablando solamente de los criterios que utiliza para la construcción de su obra literaria.

Por tratarse de una proclamación fundamental para entender el comportamiento global del personaje, ahí va el párrafo completo, tal como aparece en el citado prólogo a los *Estudios Literarios*, en la edición de 1868, por él cuidadosamente corregida:

«Bien puede, con todo, advertirse una aspiración única en sus tareas; y *no es esta sólo sino en otras esferas de la vida*. La ha demostrado desde los primeros años con sinceridad, y no sin riesgo ni contradicciones, de suerte que ningún reparo puede tener ya en confesarla, siempre que venga a cuento, con total franqueza. *Hasta el día de hoy,*

⁴⁶ Ibidem, pág. XII.

⁴⁷ Ibidem, pág. XIII.

en cuanto ha pensado y hecho, siempre se ha propuesto y procurado con empeño reunir y concertar felizmente el respeto y amor a las cosas antiguas con la sincera adhesión que nunca ha dejado de rendir en su alma, y de demostrar en sus acciones al libre espíritu de su tiempo. Fácil es que los absolutistas de las diversas escuelas filosóficas, literarias o políticas, encuentren por eso en aparentes contradicciones su entendimiento. Para él, como ha sido esto al fin una doctrina y no un sentimiento únicamente, la tarea de defender sus miras no fue nunca tampoco muy ardua, ni lo sería en ningún caso... Y por lo que toca a la literatura... no teme añadir a lo dicho, que el deseo de recoger a un tiempo en lo pasado y en lo presente la inspiración de sus obras, fue en él una inclinación invencible del corazón, antes de que obedeciera a un sistema en su mente. Porque ha de serle lícito declarar, ya en este punto, que para pocos acaso las ruinas de castillos y templos, y la lectura de los libros viejos castellanos, habrán tenido desde la niñez tan poderoso atractivo, sin que esto le haya impedido cultivar también algún tanto la literatura clásica y la filosofía moderna»⁴⁸.

Si doctrina y sentimiento unidos pretende Cánovas que sean norma de su poesía, a más abundamiento pretenderá que lo sean cuando se trata de obra en prosa, donde el objetivo de la unión de antiguo y moderno parece tener más sentido y pedagogía.

Lo dice de manera expresa al hablar de *La campana de Huesca, crónica del siglo XII*, cuya primera edición se remonta a sus veinticuatro años, es decir, a 1852 y que, cuando Cánovas escribe estas líneas, en 1868, «se ofrece por tercera vez ya al público»⁴⁹. «Parece que aquí —escribe— más que en otros casos será disculpado el intento de juntar y concertar con lo moderno lo antiguo»⁵⁰.

⁴⁸ Ibidem, págs. XIII-XIV.

⁴⁹ Así era, en efecto. Después de la primera edición en 1852, —que también cita GARCÍA ESCUDERO en su *Cánovas, un hombre para nuestro tiempo*. Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), 1989, con prólogo de Manuel Fraga Iribarne—, hemos manejado la de 1854, editada en la Imprenta de la Biblioteca Nueva, de la calle de las Infantas de Madrid, prologada, por supuesto, por su tío Serafín «El Solitario», y con el expresivo ofrecimiento: «A don Ángel Fernández de los Ríos, dedica estas páginas en testimonio de afectuosa amistad», es decir, la dedicatoria a quien, junto con Joaquín Francisco Pacheco, lo había protegido tan generosamente en su etapa de periodismo activo.

⁵⁰ Ibidem, pág. XVII.

Un intento, por otra parte, que, de acuerdo con su testimonio personal⁵¹, no sólo tiene que ver con la concepción literaria de la obra, —de *La campana de Huesca* en este caso—, e incluso con el valor estilístico y la *propuesta pragmática* que en ella se formula, sino que alcanza, sobre todo, a los contenidos que se ofrecen en términos de valores ejemplares. Manuel *Fraga Iribarne* afirma, con nada sorprendente contundencia, que Cánovas «fue, también, un gran historiador; *probablemente, el primer historiador español de su época*, muy superior a los Lafuente o los Castelar»⁵². Y, aunque las palabras del profesor Fraga Iribarne se refieren, claro está, a la obra propiamente histórica que el profesor Mario Hernández Sánchez-Barba ha introducido y comentado, magistralmente como siempre, en el volumen de *Obras Históricas*, no será malo tomarle la palabra y proyectarla, si es posible, sobre la única novela —histórica— escrita por Cánovas, es decir, sobre *La Campana de Huesca*, «inspirada, dice el autor mismo, ...por el sentimiento que produjeran en la imaginación de un escolar entusiasta los viejos monumentos y memorias de aquella tierra gloriosa...»⁵³.

De esa proyección sacaremos la certeza de que, ya entonces, junto al escritor todavía en ciernes formativos, había un historiador mucho más maduro que, por cierto, ya había publicado su primera monografía sobre Muley-Abd-en-Rahman de Marruecos en enero de ese mismo año, y que, nueve meses más tarde, en noviembre entregará a la imprenta de Rivadeneyra otra sobre Guillermo Federico I de Prusia, aparecidas ambas en la colección *Reyes Contemporáneos*.

El origen de *La Campana de Huesca* lo tenemos documentado gracias al propio Cánovas, que tenía un envidiable sentido histórico de la proyección de su figura hacia el futuro y que, como historiador que había tenido que luchar con inmensas lagunas documentales, quiso facilitar la labor a quienes tuvieran que escribir la historia de su vida y obra.

Sabemos que en 1851 viajó a Huesca, desde Madrid, a compartir unos días de descanso con su amigo José Robles y Postigo, uno de

⁵¹ Ver la referencia que se recoge en la nota 46.

⁵² FRAGA IRIBARNE, MANUEL. En el Prólogo a *Cánovas, un hombre para nuestro tiempo*, «Introducción y Antología» de JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO, obra citada en la nota 48.

⁵³ Prólogo citado a «*Estudios literarios*», pág. XVII.

los malagueños que estuvo en el proyecto y realidad de *La Joven Málaga* y que, a la sazón, había sido destinado como funcionario a la capital aragonesa. De ella regresó Cánovas a Madrid con la idea y el propósito de lo que será *La Campana de Huesca*. Pero, en esos momentos de máxima tensión de su vida periodística —acababa de dirigir *La Patria*— y con la ficción y el ensayo como géneros cotidianos de su práctica como escritor, difícilmente podíamos esperar de él una «crónica» histórica de Ramiro I el Monje. Además, lo que triunfaba en el Madrid, aún romántico, de 1852 no eran las crónicas sino los dramas y las novelas románticas, es decir, «históricas», pues nadie ignoraba entonces que romántico era buscar en las tinieblas de la Edad Media, fuente de hechos heroicos con amplios márgenes a la imaginación, argumento para la novela que debía confirmar la raza de escritor en el joven poeta. Los modelos estaban aún calientes, recién salidos del horno: desde *Ramiro conde de Lucena*, de Rafael Húmara, (1823), que es la primera novela histórica española que se registra, hasta *El señor de Bembibre*, del berciano Enrique Gil y Carrasco (1844), pasando por *Los bandos de Castilla*, de Ramón López Soler (1830), *El doncel de don Enrique el Doliente*, de Larra, aparecida a principios de 1834, o *Sancho Saldaña o el castellano de Cuéllar*, de Espronceda (que él mismo subtitula *novela histórica del siglo XIII*), escrita en buena parte durante el destierro del autor en la villa segoviana y publicada en Madrid en 1834, el mismo año de *El doncel*, de Larra.

Cánovas sabe que, una vez que ha desaparecido el maestro de la novela histórica, el escocés Walter Scott, muerto dos décadas antes día por día, apenas le queda tiempo para subir al tren —realidad ferroviaria que él conocía muy bien por su primer trabajo en la Corte— de los cultivadores de este subgénero, tan atractivo, de la novela, que tiene ciclos de aparición y de éxito, pero ciclos cortos, de un favor desmedido, además, por parte de los lectores.

El mismo Cánovas se encarga, desde el primer momento, de alejar del lector cualquier sospecha que pueda embargarlo de que se encuentra ante una crónica, como sugiere el subtítulo de la novela. Para ello, después del prólogo «*cortado al uso, y ajustado con mano amiga al cuerpo de la obra*», de *El Solitario*, en el frontis mismo de la introducción —*En que se habla al uso antiguo con el lector*—, graba una redondilla de Quevedo que, con su cinismo, despeja toda posible duda:

«El mentir de las estrellas
es muy seguro mentir,
porque ninguno ha de ir
a preguntárselo a ellas»

Y para que no haya duda acerca de la naturaleza imaginativa de la obra, acude al truco o *ficción del manuscrito encontrado*, esta vez «orillas del Isuela: en aquellas huertas cargadas de árboles frutales, vestidas de flores silvestres, con setos y bardas, que sustentan los sillares del caído muro de Huesca»⁵⁴.

Estamos, pues, frente al planteamiento fingido y omnisciente, a partir del cual el autor narra acontecimientos que serán o no históricos y que responderán con mayor o menor fidelidad a lo que de una novela histórica, con pretensiones de crónica, se puede y debe esperar. En este caso..., mejor no esperar demasiado.

Cuando los ancianísimos generales reprochaban a Tolstoi que hubiera distorsionado la historia de la lucha del pueblo ruso contra Napoleón en *Guerra y paz*, el señor de Iásnaia Poliana respondió: No es historia, es una novela. El prologuista de lujo de la novela de Cánovas, Estébanez Calderón –firma El Solitario, como suele– es, por lo menos, tan explícito como el propio autor. Comienza su trabajo de presentación disipando, con una cita, cualquier duda: «*C'est mieux que de l'Histoire*, dijo el más encumbrado de los críticos y literatos de Francia (se refiere a Villemain, sic transit...), al leer una de las más agradables ficciones que escribió el famoso novelador Gualtero Scott, en la que trataba y describía la época interesante, aunque turbulenta, de María Stuardo...» Y, más adelante, señala que uno de los méritos de Cánovas es haber tejido «una narración por estilo tal que, ajustándose *muchas veces* a la razón histórica, consienta, sin embargo, la diversidad de entonaciones, etc...»⁵⁵.

Lo cierto es que, en la línea del gran Gualtero (Walter Scott), la novela de los almogábares (sic) que sacó a luz el joven Cánovas en 1852 tuvo una vida larga y elogiada. Hay, es verdad, elementos que lo propician. Escarba Cánovas, con precisión de entomólogo, en las

⁵⁴ ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO: *La Campana de Huesca*. Introducción. Imprenta de la Biblioteca Nueva. Madrid, 1854. Pág. 1.

⁵⁵ Ibidem, Prólogo, XI.

características de una época y en los caracteres de unos personajes que parecían vedados para el simple escritor, sin ayuda del historiador que, sin duda, todo el mundo, excepto «Clarín», como veremos, reconoce en él. Tiene, además, la valentía de utilizar un lenguaje, igualmente fingido, que busca un exagerado parecido con el que, posiblemente, se utilizaba en los tiempos que narra. La ficción, en este punto, lleva al escritor a artificios, abusando del hipérbaton, desembocando en campanudos diálogos a los que pretende envolver en un halo de grandeza. «*Mal modo de estar ocultos es el cantar romances y pulsar laudes en tales desiertos. Aunque esos perros muslines...*»⁵⁶ o, más adelante: «*Por Dios, Linaza, dijo Roldán, que es mengua de vuestro grande valor y copiosa doctrina... Y por San Jorge y Santiago y todos los buenos caballeros que han ido al cielo hasta ahora, que a venir a campo raso, en sitio donde hubiera podido manejar bien mi caballo, media docena de tales malsines fueran pocos para encontrarse conmigo*»⁵⁷.

No es lo mejor de Cánovas. Hay que acudir a sus artículos y ensayos de madurez, dejando a un lado poesía y novela, para pulsar la vena de escritor de Cánovas; es en ellos, y en sus discursos, donde encontramos la manifestación de su estética literaria. Una concepción de la belleza literaria muy en el entorno de su tiempo pero dotada de indudable carisma personal.

Si en la obra poética usa el ingenio y la alusión apenas apuntada como instrumentos de juego verbal, siempre buscando la sorpresa delicada y lo inesperado del halago, en las piezas literarias destinadas a la edición perezosa que significan las publicaciones periódicas se advierte un afán entre la erudición y el lenguaje un tanto rebuscado. Este doble afán lo encontramos, también, en lo que pudiéramos llamar *piezas de exhibición literaria* del escritor Cánovas. En ellas se refleja con claridad el esfuerzo del académico de la Lengua por quedar a la altura de las circunstancias. Generalmente este esfuerzo hace que lo escrito se convierta en un texto *alambicado*.

Como *pieza de exhibición literaria* debe ser considerado el texto que, en 1889, escribió para la edición –Edición Monumental– del libro «Los meses», auténtica antología de artículos firmados por escritores conocidos y hasta famosos, ilustrados, además, por pintores de la vanguardia

⁵⁶ Ibidem, capítulo XVIII, pág. 157.

⁵⁷ Ibidem, capítulo XXI, pág. 197.

de entonces. A Cánovas le encomiendan las alabanzas y miserias del mes de abril. Los demás escritores son Alarcón, Campoamor, Castelar, Ferrari, Echegaray, Núñez de Arce, Mañé y Flaquer, Palacio, Pereda, Pérez Galdós, Trueba y Valera. Los ilustradores son Benlliure, Domínguez, Ferrant, Galofré, Martínez Cubells, Más y Fontdevila, Mestres, Moreno Carbonero, Pellicer, Plasencia, Riquer, Villegas y Villodas.

El artículo se titula, simplemente, *Abril*; el autor figura con su nombre pero sin título alguno, ni de académico ni otro cualquiera que pudiera servir para ponderar su importancia. El artículo, de casi veinte páginas nada mal aprovechadas, es un recorrido por las cualidades del cuarto mes del año, con citas puntuales de lo que otros han dicho de él. De las conocidas –y alguna más hay– no falta ninguna. Pero tampoco faltan ideas ingeniosas: la consideración de abril como un mes cuyo cometido es «poner en celo a toda la naturaleza», o aquella otra que hace coincidir la vida de Adán y Eva en el Paraíso con un «abril perpetuo» y fastidioso...⁵⁸

A pesar de todo, Cánovas se las ve y se las desea para sacar adelante, con cierta dignidad estética, lo que él llama «puñado de cuartillas», en un juego literario en el que lo banal es casi materia única, pese al evidente esfuerzo que hace para disfrazar su empeño. Villegas, Calderón, Virgilio, Garcilaso, Miguel Antonio Caro...; los poetas son su gran ayuda. En su esfuerzo por cuajar un texto digno, Cánovas hace barroquismo no siempre acertado, cae en un claro alambicamiento que se convierte en oscuridad o remilgo, y apela con tanta asiduidad a una forma artificiosa de *elusión* que acaba aburriendo y cansando casi de inmediato. «Las que visten imágenes» son, evidentemente, mujeres solteras, «un libro que no miente» es la Biblia, y así múltiples disfraces, algunos de ellos de cierta originalidad pero excesivos en su utilización. «Clarín» tiene razón en la crítica. Aunque no en la manera de hacerla.

Tampoco falta la *invención verbal*, seguramente como gesto vanguardista. Ninguna ocasión mejor que un artículo de tamaño vaciedad argumental. Algunas mujeres, escribe Cánovas, *se melancolizan*. Y no es invención por el verbo –*melancolizar* se encuentra en el diccionario– sino por la carga expresiva de duración en el hecho de la melancolía con que el escritor lo dota. Este largo artículo es un reto que Cánovas

⁵⁸ *Los Meses*. Edición Monumental. Barcelona, 1889. Págs. 74 y 81.

acepta y del que no sale mal del todo. Un crédito más a la hora de buscar en él al escritor. Un reto, de todos modos, que lo hace sudar y dar cuenta, en varias ocasiones a lo largo del artículo, de lo difícil que es escribir sobre tema tan recortado: o vulgaridades o plagios, ese es su temor. No es extraño que el remate sea casi un descabello —«bien puedo poner ya fin al presente artículo», escribe,— no sin antes, modestamente como siempre, lamentar su «prosa desaliñada».

Lo que no se puede negar a Cánovas es su condición de escritor, por más que a veces se nos antoje un tanto artesanal su manera de expresarse. Un hombre de tantas virtudes y tantas actividades —es conocido que le llamaban *el monstruo*, por su capacidad de trabajo y la amplitud de sus conocimientos— sale a flote gracias a la preparación cuidadosa de sus intervenciones públicas. Sus discursos los prepara con enorme cuidado. Lo mismo hay que decir de los escritos: a veces se advierten los apaños, los arreglos, las inclusiones, acaso, de textos de autoridad y de citas de erudición; incluso, como decían algunos críticos de los versos de Valéry, se vislumbran el escoplo y el formón con que se cincelan las expresiones. Pero no se encuentra, en cambio, tacha académica, ni agresiones a la gramática sino, por el contrario, una corrección extraordinaria, propia de un escritor con oficio.

No es infrecuente, como queda dicho, que se permita la *invención verbal* o sólo *semántica*, arriesgando mucho en la metáfora. Nunca hasta el punto de hacer que el verso o la expresión en prosa chirrien por el efecto que sobre el lector puede producir lo inesperado.

Tristes están los pájaros confusos...

es uno de esos versos hermosos que nos regala, esta vez casi abriendo su apartado de «Melancolías»⁵⁹. Cánovas es escritor, mal que le pese a algunos contemporáneos suyos y del oficio.

El escritor Cánovas y los escritores

Don Benito Pérez Galdós no era, precisamente, un entusiasta de Cánovas del Castillo. Más bien se le tuvo por fervoroso adversario en el terreno de las ideas. Cuando su amiga «Leona» le da cuenta de los conciliábulos alfonsinos de su protector Alejandrino, en París, Galdós

⁵⁹ *Obras Poéticas*, edición de 1887, pág. 105.

aprovecha para hacer ver, hasta qué punto Cánovas está intentando fundir el agua con el aceite.

Aprovechando la buscada coincidencia de don Tito con doña Leonarda en el palco del Real durante el estreno de *Aida*, «hacia el 10 o el 12 de diciembre» (de 1874), interpretada, nada menos, por Tamberlick y la Fossa, don Tito —dice Galdós—, escucha de boca de doña Leonarda detalles anticipados de lo que va a ser la Restauración de Cánovas tras el pronunciamiento, ya inmediato, del general Martínez Campos en Sagunto el 29 de ese mismo mes y año. Ya sabía don Tito que el amigo de «Leona» era de los que frecuentaban el palacio de Basilewski, en París, residencia de la soberana española en el exilio, la castiza Isabel II, que hacía cuatro años largos había abdicado en «don Alfonsito»⁶⁰.

Hay un momento de la conversación, durante el entreacto, en el que la mantenida le habla del manifiesto de don Alfonso (el de Sandhurst), aún no público, a la Nación, y de lo que en él dice el aspirante al trono que dejó su madre. «Cosa buena, dice. Como que está escrito por Cánovas, voila». Y añade Leona: «Que si al igual de sus antecesores será siempre buen católico, como hijo del siglo ha de ser verdaderamente liberal». Y Galdós, por boca de Tito, replica: «Dos ideas son esas, ma chérie, que rabian de verse juntas. ¿Liberal y católica? Pero isi el Papa ha dicho que el liberalismo es pecado!». Y, en seguida, aparece el Galdós iconoclasta e irreverente: «Como no sea que el príncipe Alfonso haya descubierto el secreto para introducir el alma de Pío IX en el cuerpo de Espartero...»⁶¹.

Don Benito no sentía ninguna admiración *ideológica* hacia el *Monstruo*. Más aún, pese a dedicarle el episodio «Cánovas» —o tal vez precisamente por eso— don Benito no se muerde la lengua a la hora de calificar la era Cánovas como «lo era de la hipocresía, del mírame y no me toques, y del buen callar, que llamamos Sancho»⁶².

Puesto a denigrar al político, engloba en su rechazo la causa que aquel representa; se disfraza de pueblo para poder clamar contra la inminencia de la Restauración que Cánovas propicia y patronea. Exagera, incluso, y confiesa: «Me sentí populacho y hube de contener-

⁶⁰ GALDÓS, *Episodios Nacionales*. «Cánovas». Aguilar, vol. IV, pág. 786 y sgtes.

⁶¹ *Ibidem*, pág. 787.

⁶² *Ibidem*, misma pág.

me para no gritar: ¡Abajo Alfonso! ¡Viva la libertad de cultos y el desestanco de la sal!»⁶³.

Y no se recata tampoco en calificar la Restauración como «un hecho inevitable, impuesto por fatalismo histórico», al tiempo que hace notar que debió llegar «por los caminos políticos antes que por los atajos militares». Pero, por encima de las referencias, más o menos críticas, sobre su comportamiento político, lo que a nosotros nos interesa es la persona, Cánovas mismo, sobre todo, en su faceta de escritor.

«Cánovas opinaba como yo —añade— y al fin ha tenido que humillar su orgullosa cerviz ante la precipitada acción *de las espadas impacientes*», alusión al pronunciamiento del general Martínez Campos en Sagunto⁶⁴. Claro que *maese Cánovas* triunfa e impone un ritmo político acompasado a la nación. Incluso cercenando algunas libertades sagradas. Sin embargo, la reacción es escasa. Que se atribuya al Ministerio Regencia la supresión de un buen puñado de diarios madrileños progresistas no tiene para Galdós más importancia que el hecho mismo de que Ignacio Escobar, director de «La Época»⁶⁵, el diario canovista, formara parte de la comitiva que iba a traer a don Alfonso para instalarlo en el trono. Hoy nos sorprende que la única reacción de don Tito a una medida tan poco ejemplar sea la tristeza que le producía el vacío de los diarios que estaba acostumbrado a leer.

Al margen de las ideas políticas, que Galdós no oculta y que están en las antípodas de las de Cánovas, hay, sin embargo, en él una recatada admiración que se desborda cuando el personaje, en una de sus excursiones en busca de un lugar en la política, alcanza el despacho de Cánovas: «Ninguno (personaje político) me causó tanta cortedad y sobresalto como don Antonio Cánovas del Castillo, por la idea que yo

⁶³ Ibidem, pág. 789. El desestanco de la sal introducido en el grito del «populacho» era una referencia bastante insultante a los negocios del Marqués de Salamanca, primer protector en Madrid del jovencísimo Cánovas cuando llega a la capital en 1845.

⁶⁴ Ibidem, pág. 792.

⁶⁵ Con la escisión de Francisco Silvela y de Eduardo Dato, entre otros miembros del partido conservador, «La Época» tendrá diaria réplica en *El Tiempo*, dirigido por *Guillermo Rancés*. Aguantó con vida holgada «El Tiempo» desde enero de 1893 hasta mediados del 1899. Cuando, a las siete y media de la tarde del *tres de marzo*, de ese año «S. M. le había confiado (a Silvela) el encargo de formar gobierno», ya no necesitaba diario. Poco duró.

tenía de la excelsitud de su talento, por la leyenda de su desmedido orgullo y de las frases irónicas y mortificantes que usar solía»⁶⁶.

La atrabilis de «Clarín»

En la consideración pública a la que se hace merecedora la, sin duda, importante figura de don Antonio Cánovas del Castillo, sorprende sobre manera la tirria que profesa y públicamente proclama contra él todo un escritor de la talla de Leopoldo Alas «Clarín». ¿Fue una cuestión personal? Seguramente. «Clarín» habla por la herida de favores no conseguidos, más económicos que culturales, más para otros, que no para él, por más que frecuentemente se lamenta de que los hijos van siendo cada vez más numerosos y el sueldo más bien magro.

Gregorio Marañón, en su *Prólogo al Epistolario* que el gran escritor y crítico cruzó con Menéndez Pelayo, trata de disculpar lo que él llama la *atrabilis* de «Clarín»: «*La atrabilis de «Clarín» —escribe— era, en cierto modo, legítima. Una de sus víctimas fue Cánovas, sobre el que «Clarín» escribió sañudamente. Era entonces casi una moda hablar mal de él, y ayudaba a mantener esta moda la agresiva altanería de jefe conservador, típica de los hombres que han llegado de la nada a la altura y no se contentan con esas vanaglorias externas que ablandan el corazón y hacen propenso a la generosa indulgencia. Un hombre lleno de condecoraciones y contento de ellas es siempre un infeliz. Lo terrible es tener que tratar con los que como Cánovas les desprecian*»⁶⁷.

Sin embargo, el propio Marañón trae a ese prólogo un consejo que Menéndez Pelayo da a «Clarín» que viene a desmontar la tesis de que la *atrabilis* del asturiano era «legítima»: «No le falta a usted más —le dice el montañés— que sacudir el yugo de ciertas antipatías, quizá intuitivas, y verá todas las cosas con serenidad absoluta»⁶⁸.

⁶⁶ Ibidem, pág. 800.

⁶⁷ M. MENÉNDEZ Y PELAYO— LEOPOLDO ALAS (CLARÍN): *Epistolario*. Prólogo de G. Marañón. Notas de Adolfo Alas. Ediciones Escorial. Madrid, MCMXLIII, pág. 12. Cuenta el *exredactor* anónimo de «El Tiempo: historia íntima de este periódico» (Madrid, imprenta de Pedro Núñez, 1899, pág. 71) que «*Yo mortifico a Cánovas... —Tú mortificas a Cánovas— Él mortifica a Cánovas, etc. etc. Imperativo: Mortificad a Cánovas*». Esa era la consigna. «Clarín» dice algo parecido en una de sus cartas.

⁶⁸ Ibidem, pág. 13. Por cierto, Marañón dice de Cánovas cosas excelsas en ese prólogo. Además de traer la cita de Menéndez Pelayo en la que le asegura a

Una vez más Marañón, tratando de justificar la enemiga de «Clarín» a Cánovas, dice que éste, el político malagueño, «irritó mucho a los universitarios porque era historiador de afición» y que «un poco de esta actitud se descubre en «Clarín», que fue, para honor suyo, uno de los más altos prototipos de lo que debe ser un universitario»⁶⁹.

«Pero, Dios mío, lo mejor del mundo lo han *hecho siempre los "dilettantis", los que hacen las cosas por deleite, por amor y no por obligación y rutina*», se contradice Marañón⁷⁰.

¿Qué barbaridades había dicho «Clarín» de Cánovas para que Marañón se sienta obligado a dar al tema un tratamiento especial en el Prólogo? Muchas y reiteradas. Todas injustas.

El doce de marzo de 1885 escribe Menéndez Pelayo a «Clarín» una larga carta en la que, entre otros asuntos, dice lo siguiente: «A su tiempo recogí el opúsculo sobre Cánovas, cuyas *digresiones* o intermedios me parecen encantadores, pero en cuyo fondo o si se quiere, materia principal, encuentro alguna pasión, a la cual hombres y críticos del temple de Vd. deben hacerse superiores, dejándola para los Valbuenas y demás gente menuda»⁷¹.

Y, como le parece que no ha remachado suficientemente su consejo al amigo, prosigue: «Yo convengo con Vd. en que el entusiasmo de sus amigos políticos irracionales e iliteratos ha hecho verdadero daño a Cánovas, pintándole como hombre enciclopédico y eminente en todo, hasta en las cosas que ha cultivado meramente como *diletante*, pero créame Vd., Cánovas es un hombre nada vulgar para lo que hoy se estila en España. Le he tratado mucho y le quiero bien, pero creo que ni esta amistad ni el agradecimiento que le debo me quitan la impar-

«Clarín» que conoce a pocos españoles —si es que conoce a alguno— *«que tenga la vocación de historiador en tanto grado como Cánovas»*, dice Marañón de su cosecha: *«Cánovas, que no fue sino un "dilettanti" de la ciencia, fue, en efecto, el gran historiador del pasado siglo: sólo el mismo don Marcelino lo superó»*. (Ibidem, misma pág.).

⁶⁹ Ibidem, págs. 12-13.

⁷⁰ Ibidem, pág. 13.

⁷¹ Ibidem, pág. 39. Se refiere al famoso Antonio Valbuena, escritor y crítico leonés, autor de varios volúmenes sarcásticos en los que, con tanta agudeza como desconsideración de la persona, pretendía poner en ridículo a los escritores que no gozaban de su simpatía. A veces acertaba. Todos los libros de la serie comienzan con la palabra «ripios»: «Ripios académicos», «Ripios vulgares», «Ripios ultramarinos»... El conjunto se conoce con el título de «Ripios literarios».

cialidad con que leo y juzgo sus obras lo mismo que las de cualquier otro. Vd. que sabe con qué franqueza digo siempre lo que siento, no extrañará que le encuentre a usted injusto en algunos puntos, v. g. en el juicio que hace de Cánovas como historiador. Es cierto que Cánovas, en parte por la dificultad que todo el mundo encuentra en España para dedicarse a trabajos largos y profundos, y en parte también por lo disperso de su vida, y por la continua preocupación política, no ha producido ningún gran monumento histórico como los que admiramos en otros países, pero (se lo digo a Vd. con toda sinceridad) —aquí la frase citada por Marañón—, conozco pocos españoles, si es que conozco alguno, que tenga la vocación de historiador en tanto grado como Cánovas. No se le puede juzgar, como Vd. lo hace, por la *Historia de la decadencia de España* que publicó cuando era estudiante, y no tenía formado aún su estilo ni su criterio. Cuando se habla de *La Casa de Austria*, de Cánovas, nadie entiende referirse a tal libro, sino al *Bosquejo histórico de la Casa de Austria* que Cánovas escribió y publicó en 1869 que con todos sus defectos (nacidos, en gran parte, de haber sido destinado para formar parte de una Enciclopedia) es hasta ahora el mejor cuadro de conjunto que se ha trazado de la política española en los siglos XVI y XVII. Todavía son mejores para mi gusto tres largos estudios que hallará Vd. en los primeros años de la *Revista de España*, sobre las *Ideas Políticas de los Españoles en tiempo de la Casa de Austria*, sobre las "relaciones entre Paulo IV y Felipe II", y sobre la batalla "de Rocroy" y el "principio y fin de la supremacía de los Españoles en Europa"»⁷².

Y, una vez más, se pone en marcha esa prodigiosa erudición de Menéndez Pelayo, capaz, a través de una memoria no menos admirable, de aportar elementos de apoyo, en cualquier momento y sobre cualquier tema, a sus afirmaciones: «Todos estos estudios y otros muchos que andan dispersos, v. g.: el Prólogo a la Princesa de Éboli de Muro, son, a mi entender, trabajos históricos notabilísimos, fragmentos, si Vd. quiere, pero fragmentos tan buenos como muchos que pasan por óptimos en Francia y en otras partes. Si Vd. los lee con ánimo sosegado —de nuevo el consejo pidiéndole serenidad (n. del a.)— convendrá conmigo en que Cánovas no ha escrito una historia larga y monumental por falta de tiempo, pero no falta de entendimiento ni de ciencia»⁷³.

⁷² Ibidem, págs. 39-40.

⁷³ Ibidem, pág. 40.

Cuatro años más tarde, en 1891, en un momento en que pide reiterada e insistentemente a Menéndez Pelayo que intervenga ante el gran cacique asturiano Alejandro Pidal, por ver si con su ayuda —la de don Marcelino— y la de Campoamor, consigue un trabajo para su hermano menor Adolfo, «abogado, casado y sin trabajo», «Clarín» llega a ofrecer como mérito para la consecución de lo que pretende, el hecho de que es «hijo del difunto don Jenaro Alas, que sirvió fielmente a la dinastía más de treinta años y en el mismo partido a que pertenecía el Sr. Cánovas. Esto en sustancia, desearía yo que Vd. hiciera saber al señor Pidal»...⁷⁴

De nuevo en necesidad, esta vez para «sacar» a Menéndez Pelayo senador por la Universidad de Oviedo, pide al polígrafo montañés que hable con Cánovas para lograr el apoyo de Pidal. «Con Pidal todo, sin Pidal nada», le ha dicho antes⁷⁵.

Pero, antes de estas que podíamos llamar «treguas de conveniencia», «Clarín» había atacado a Cánovas con saña y hasta con mal estilo. En «Un viaje a Madrid», uno de sus «folletos literarios» que tanto prodigaba, y en el que comenta, con el debido elogio, el Tomo II de la *Historia de las ideas estéticas en España*, arremete de nuevo contra Cánovas, sin venir demasiado a cuento, pues no reconoce su condición de escritor y menos aún de crítico: «Aún hoy, hombres tan serios como el señor Cánovas, han insultado a Zola sin leerlo, vertiendo al español la bilis de los críticos a quien Zola hubiera despreciado»⁷⁶.

Estamos en 1886. Al año siguiente dedicará al jefe conservador todo un largo «folleto literario» titulado *Cánovas y su tiempo*, en el que, una vez más, se despacha con inusitada vehemencia, impropia del buen crítico que es «Clarín». No es cosa de traer aquí sus dicerios, pero no sobra, por lo menos citar algunos párrafos en los que alude a la condición de escritor de Cánovas.

Ya de entrada, con mal gusto que raya en maldad, dice de él: «... es capaz lo mismo de ponerle un prólogo a Lord Byron que escribir el programa del Manzanares⁷⁷ o de presidir un Congreso africano describiendo las regiones el Congo a guisa de Estrabón moderno (y no se crea que hay un

⁷⁴ Ibidem, pág. 60.

⁷⁵ Ibidem, pág. 70.

⁷⁶ Páginas escogidas de LEOPOLDO ALAS (CLARÍN), en el mismo volumen del *Epistolario*, pág. 120.

⁷⁷ Alusión al Manifiesto de (no «del») Manzanares.

equivoco arcaico en eso de Estrabón, pues sería de mal gusto semejante juego de palabras)»⁷⁸.

Sus ataques a Cánovas son feroces, inadecuados y faltos de toda consideración objetiva. Trata, siempre, de ridiculizarlo. «Es bibliógrafo con algunas de las ventajas del oficio y todas las desventajas de la manía. Si se trata de historia de la literatura, piensa que lo principal es tener en casa libros que no haya visto nadie ni por el forro»⁷⁹.

Después de afirmar que Cánovas se cree que el único ejemplar de los libros editados es el que él posee, prosigue la diatriba de «Clarín»: «Confunde esto con las cartas eruditas de D. Serafín Estébanez y con los libros viejos de nuestra literatura, que el señor Cánovas saca a relucir, vengan o no vengan a cuento»⁸⁰. Sumemos algunas lindezas más para completar el panorama del odio africano de «Clarín» que Menéndez Pelayo le reprocha: «*A pesar de ser tan reaccionario, es de esos espíritus pobres que tienen la superstición del último libro*», «*es pensador de azar*», «*Cánovas no tiene bastante vigor intelectual para pensar en las ideas mismas*», «*su prurito de rípiar la vida*», «*Cánovas escribe o habla casi siempre fortuitamente*», «*ha escrito sus discursos científicos fortuitamente... no sabía que los escribía... no se puede saber menos*», «*ha leído de prisa y mal lo moderno, y no conoce lo modernísimo*», «*no es lo mismo (ser) historiador que presidente de la Academia de la Historia*», «*preside la Academia de la Historia, porque esto es un hecho, pero historiador, lo que se llama historiador, no lo es*», «*figura de segundo término*», «*tiene una de las imaginaciones más pobres y prosaicas que se han conocido...*»⁸¹.

Como remate, no se pierdan estas dos lindezas «clarinianas»: «*... es bastante discreto para no embarcarse, por lo común, en esas naves de metáforas cursis que suelen naufragar casi siempre; pero si esta discreción (que no siempre le acude) le libra del ridículo, no puede ocultar la pobreza del color, la ausencia de toda fantasía plástica. Si el señor Cánovas se mete en tropos de once varas habla del viento huracanado... de las circunstancias; si describe, lo hace como en la famosa escena de «La Campana de Huesca» que dejo copiada;*

⁷⁸ Sólo la alusión, en efecto, resulta de pésimo gusto: todo el mundo sabía que Cánovas tenía un defecto ocular: era *estrábico*, bizco, birojo, como quiera llamarse. «Clarín», excusándose, se acusa y llama la atención de sus lectores sobre la coincidencia del nombre del geógrafo griego con el defecto de Cánovas.

⁷⁹ Ibidem, Páginas escogidas. *Cánovas, letente pensante*, pág. 122.

⁸⁰ Ibidem, pág. 124.

⁸¹ Ibidem, 128, págs. 124 y sgtes.

no sabe narrar con sencillez, con ese lenguaje que hace que se olviden las palabras y sus sonoridades por la cosa misma, por el objeto de la narración; lucha, armado de adjetivos y pronombres demostrativos, contra las emboscadas que le tiende la anfibología, por culpa de su endiablado afán de hipérbaton falso y de novedad culterana en palabrotas y giros; y, amigo, en estas condiciones, viendo al escritor sudar por conseguir expresar en castellano su pensamiento, sin lograrlo muchas veces, el lector no puede atender al fondo, no puede olvidar el barullo de las palabras; no parece que se lee sino que se está oyendo leer, y entra en el alma y en el cuerpo la fatiga infalible de las lecturas públicas; pena el oyente por sí, por los efectos del narcótico musical, y pena por el lector, en quien supone mortal cansancio. Leyendo a Cánovas se está pensando sin querer en el Diccionario, en las partes indeclinables de la oración, en una porción de adverbios de modo y en el gran valor que puedan llegar a tener las conjunciones. Y después, si se cierra el libro, y se acuesta uno, y sueña se ven flotar en la fantasía, no los personajes de la historia, ni los parajes por donde han pasado, sino los pujos arcaicos y castizos de Cánovas, sus muletillas adverbiales, los "estos", "aquellos", "últimos", "dichos", "propios", etc., a que se agarra; conjunciones sueltas y, en fin, una "Valpurguis" de palabras abstractas, un aquelarre de ripios en prosa, algo como la fiebre del hambre debe de ser en el delirio de un maestro de escuela...»⁸².

La larga cita ahorra consideraciones; «Clarín», de manera brutal, a veces también ingeniosa, y sometiendo él mismo al lector a castigo golpeándolo con el idioma —nótese ese violento «viendo al escritor sudar por conseguir expresar»—, expresa una opinión que no era sólo suya y que, de modo sereno y objetivo, hemos expuesto en páginas anteriores.

No era, por supuesto, una opinión unánime ni mucho menos. El propio Cánovas, en el Prólogo a los *Estudios Literarios*⁸³ trae en su ayuda los alientos primeros del «insigne don Manuel José Quintana, con quien tuvo la fortuna de consultar sus primeros ensayos». Elogios, seguramente excesivos, mereció de su tío *El Solitario*, cuya biografía escribiría el propio Cánovas muchos años después; lo piropeó sin tacañería *Juan Valera*, a quien había conocido durante su estancia de dos años en Italia; también se desbordó en ditirambos su empresario periodístico, el hombre de «La Patria», Joaquín Francisco Pacheco, buen escritor y

⁸² Ibidem, 133-134.

⁸³ «Estudios Literarios», pág. IX.

no mal político, que alcanzó una breve presidencia del Gobierno. Pero, sin duda, quien más defendió al Cánovas escritor fue don Marcelino Menéndez Pelayo, cuyo testimonio, frente a los excesos críticos y hasta crueles de «Clarín» son conocidos. Si Leopoldo Alas reiteraba: «Cánovas, que, para darnos libros que fueran expresión de sus estudios, fruto de sus vigiliass, *siempre tropezaría con el grave inconveniente de no saber escribir*», Menéndez Pelayo le replicaba: «*Amigo Clarín: te sales de la literatura*». Y si «Clarín» vuelve a la carga diciendo que «*como literato, apenas tiene más que la intención*», el respetado don Marcelino lo llama a la responsabilidad crítica y se pone de ejemplo en términos ya recogidos en esta introducción: «*Le he tratado mucho y le quiero bien, pero creo que ni esta amistad ni el agradecimiento que le debo me quitan la imparcialidad con que leo y juzgo sus obras*»⁸⁴.

A la distancia de más de un siglo, la obra literaria de Cánovas no ha perdido calidad, aunque, seguramente, no podrá ganar en claridad. No en vano el castellano de su tiempo estaba atravesando, igual que España y buena parte de Europa, por la profunda y confusa crisis generadora de una enorme confusión del alma y de sus valores, que Eugenio d'Ors llamaba, con absoluta precisión, Espiritu Fin-de-Siglo.

Nota sobre bibliografía

Además de la visión de conjunto de la bibliografía canovista, perfectamente relacionada en estas Obras Completas, cumple recomendar la que publica José María García Escudero en su antología del pensamiento de Cánovas, publicada en la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), hay que remitirse a la obras del propio Cánovas en las ediciones definitivas —también algunas primeras, como la de 1854 de *La Campana de Huesca* o algunos textos poco utilizados como *Autores Dramáticos Contemporáneos* (de 1881) o el celebrado prólogo a *Las mujeres españolas, portuguesas y americanas*, con ediciones en 1872, 1873 y 1876, escrito en colaboración por Fermín Caballero, Cayetano Rosell, el Marqués de Valmar, Valera, Trueba, Alarcón, Navarro Villoslada, Víctor Balaguer, Amós de Escalante, Ruiz Aguilera, Manuel del Palacio, Castelar, Ríos Rosas y Olózaga.

⁸⁴ Para todo este diálogo epistolar, véase, sobre todo el citado *Epistolario* de «CLARÍN» y MENÉNDEZ PELAYO, de Ediciones Escorial.

También se han consultado textos de Ricardo Gullón, Juan Luis Alborg, el *Cánovas del Castillo, entre la historia y la política*, de E. Yllán Calderón, la conocida biografía de Melchor Fernández Almagro *Cánovas, su vida y política*, José Luis Abellán, J. Vicens Vives, y por supuesto, los títulos de obras, artículos y citas prestadas que se refieren a pie de página a lo largo de la introducción.